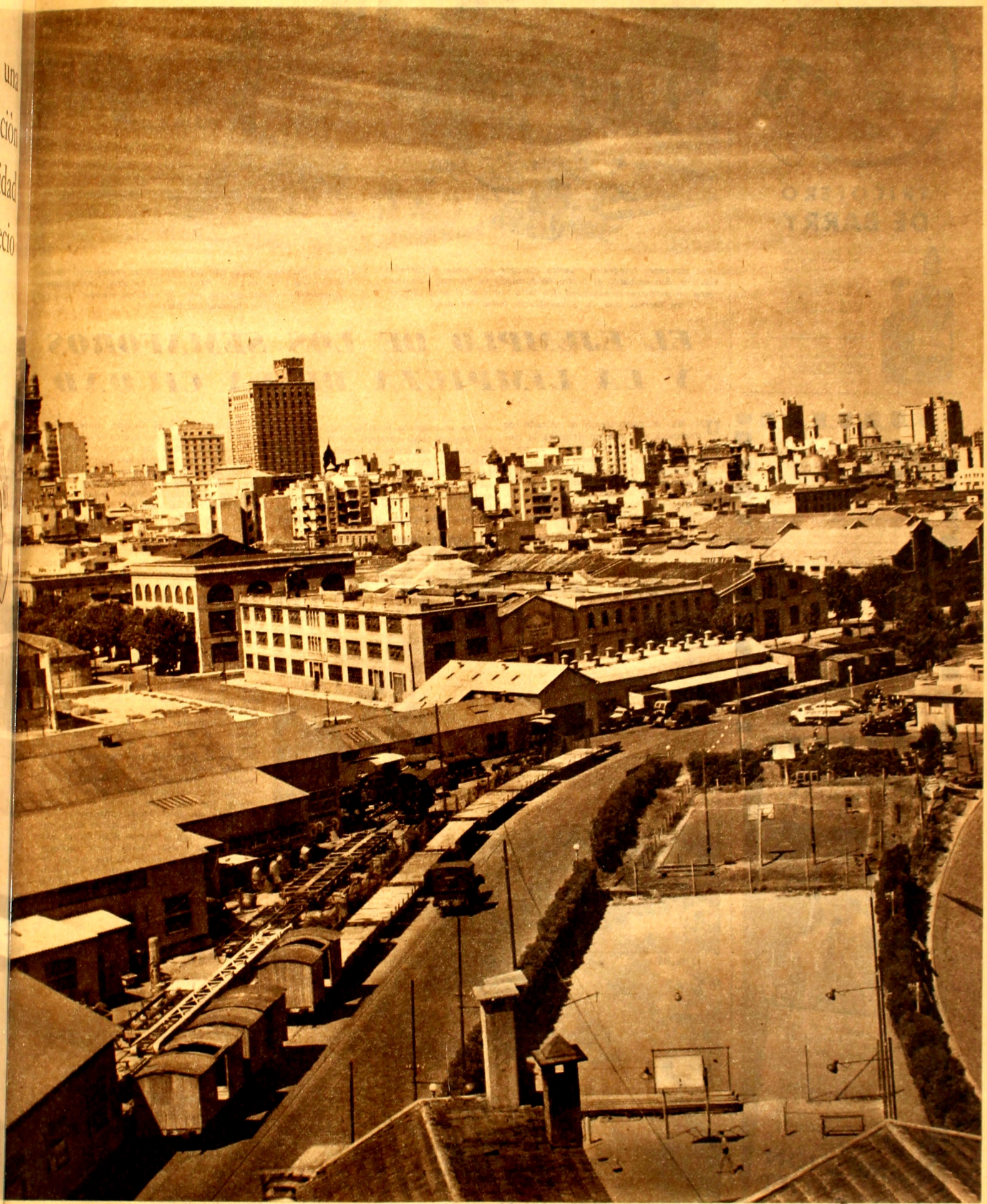
AÑO XXII. — Nº 1066. **EL DIA** MONTEVIDEO, JUNIO 21 DE 1953.



ZONA PORTUARIA DE MONTEVIDEO.

(Fotografía Juan Caruso).

Vista tomada desde el minarete del "Rowing Club" entidad a la que pertenece el campo de tenis que aparece en el primer plano de la nota, a la que sirve de fondo la encrestada silueta de la ciudad vieja. En segundo plano se ven depósitos portuarios y ferrocarril para el intenso trajín de la zona.

TRICOFERO DE BARRY

El mundialmente famoso **TRICOFERO DE BARRY** imparte sedosidad y brillo a la cabellera, asegurando ese aspecto distinguido, tan importante para ganar la admiración de quienes nos rodean.

Elimina la caspa. Vigoriza el cabello. Lo asienta naturalmente.

TIENDA La Preferida

Boletín de precios No. 8

OFERTAS QUE CONVENCEN

Compre con PESOS NOMINALES

SACOS Slak p. hbre. en paño p. lana, col. vicuña 46/50	$	23.75
MANTELES t. vasca, con 6 servs. med. 140 x 140, c/u.	$	4.75
GENERO de p. lana, muy suave, col. liso, ancho 140 cm. mt.	$	2.75
BOMBACHAS con puño p. niñas, tejido alg. y sed. i 4 an.	$	0.88
FRAZADAS p. lana, dib. escoces. 4 ribetes de seda. 2 plaz.	$	39.50
SOBRETODOS p. hbre. en p. tipo Inglés, todo forrado en seda, t. 44/52	$	37.90
VISOS p. Sra., en tej. de alg. ador. de encaje, t. 44/50	$	2.95
TRICOTAS rompe viento, p. niños, en alg. gamuz. 4 años Aumenta por talle.	$	2.95

GRAL. FLORES Y GUADALUPE

Si Ud. quiere puede llevarse la MERCADERIA y LA PLATA porque le devolvemos el importe de su pago (en PESOS NOMINALES) que lo podrá ir gastando con nosotros en las próximas compras que realice.

Este elocuente fotografía muestra que por aquí pasa el carro recolector. Sin embargo el barrio ha formado su basural y lo mantiene en permanente actividad. No falta tampoco el acopiador con su carrito, que va a revolverlo todos los días...

Al frente Bulevar Artigas con sus espléndidas residencias, donde la vida tiene el mejro color. Pero en esta esquina, contaminando el ambiente — cuesta creerlo; pero lo estamos viendo!... — el basural del barrio.

EL EJEMPLO DE LOS SEMAFOROS Y LA LIMPIEZA DE LA CIUDAD

UN día le preguntaron al Alcade de Pittsburg, pro qué no limpiaba la ciudad. Si la limpio — contestó — se va a ensuciar el resto del mundo...

La antítesis de este concepto sobre la higiene pública, la encontramos en el pintoresco caso de cierto Alcalde de Gijón. Hace algo más de veinte años, España era conmovida por un acontecimiento deportivo al que se asignaba singular trascendencia. Un equipo representativo de Italia iba a disputar al seleccionado español el cetro futbolístico del Mediterráneo. Por una de esas cosas poco explicables, en vez de realizarse en Madrid o en Barcelona, se resolvió que el encuentro tuviera lugar en la pequeña ciudad de Gijón. Aparte de la numerosa delegación italiana, media España iría a Gijón; y el Alcalde, sintiendo entonces pesar sobre sus hombros la tremenda responsabilidad del orgullo lugareño, mandó cepillar y lavar las calles, hizo repintar las fachadas de algunos edificios, y por último, ante el problema que constituía un gran baldío, mandó ornamentarlo y cubrirlo con un inmenso cuadro que fué sacado de la Casa Consistorial y que representaba al prócer de la ciudad, el muy caballero don Gaspar Melchor de Jovellanos... Por supuesto que el pobre Alcalde, fué objeto después de más pelotazos que los propios equipos del encuentro.

Entre estos dos extremos encontraremos seguramente el justo término medio a que debe ajustarse una cuerda y atinada preocupación edilicia por el estado de aseo de una ciudad. Y aquí por supuesto, entran en juego los medios de que se dispongan y los planes se que tracen para la atención de ese servicio público de limpieza urbana.

Cuando Nueva York se aprestaba a recibir al tristemente célebre Pierre Laval, que acompañado de su bella hija Jossette realizaba un viaje de cuyos resultados estaban pendientes todas las cancillerías europeas por su trascendencia política interracional en 1931, un senador demócrata dijo en el Congreso que esperaba que el Alcalde limpiaría un poco la ciudad para recibir al entonces ilustre huésped. Alfred Smith, aquel extraordinario exponente del "made man self" que alternó en su vida el manejo de las cintas de cotizaciones bursátiles con la venta de manzanas empujando un carrito en el mismo Wall Street que le vió subir y caer tantas veces, contestó al senador con el envío de tres planes de limpieza. El plan "a" consistía en un ligero lavado de cara de la ciudad que costaba tantos dólares; el plan "b" algo más amplio,

Los dos hermanos siameses: el baldío y el basural. Y como el barrio parece tenerlo muy bien previsto, el basural se desborda sobre la vereda obstruyendo el paso. Vemos al fondo la calidad de las residencias circundantes. Esto pasa a menos de 100 metros de Bulevar Artigas y Rivera.

En la calle Julio Herrera y Obes, frente a la Estación Central de Ferrocarril, algún barraquero altruista ha mandado tirar una carrada de cueros de lanares en estado de descomposición para colaborar con el aseo de la ciudad...

Latas, residuos, desperdicios, trapos y papeles, en fin, otro basural. Permanente foco de infección atentando contra la salud del barrio. Nótese como la basura obstruye la boca de tormenta. En cuanto llueva, además de basural, tendremos inundación!...

Para convencernos de que esto está en un barrio residencial, no tenemos más que apreciar los chalets que se destacan al frente de este baldío con su bien surtido basural. Para completar el cuadro no falta el carrito haciendo su aprovisionamiento.

resultaba costardo cuanto más; y por último el plan "c", de costo mucho más elevado aún, pero que convertía al Bronx y al Harley en algo tan limpio y brillante como Times Squire... Elijan el plan, y mándenme los dólares, terminaba diciendo Smith.

En la elocuente respuesta de Smith y según todos los razonamientos que puedan hacerse, la eficiencia de los servicios públicos de recolección de resíduos y de barrido y limpieza de las calles y avenidas, va de la mano con los recursos que se inviertan en equipos mecánicos y humanos, además del plan organizativo que se adopte, relacionado siempre con las normas legales imperantes y conducentes a esos mismos fines.

Pero hay en cambio otro aspecto que también contribuye —y debemos señalar que en mucho mayor grado aún— a dar la nota de aseo o desaseo de una ciudad, y que escapa a toda la amplitud que puede ofrecer la función específica de aquellos servicios públicos.

Cuando visitamos una ciudad y decimos que es sucia o que es limpia, la exteriorización que se ofrece a nuestros ojos viajeros, no está constituída principalmente por el tipo de servicio público que se emplee en este sentido. Allí está presente la población. Lo que se nos evidencia con sus habitantes; con sus costumbres y con sus hábitos de higiene o de abandono. Es lo que atañe a la población misma, a sus moradores, que son, al fin y al cabo y en definitiva, quienes ensucian o saben mantener limpia la ciudad.

En una ciudad en la que el municipio desarrolle un extraordinario despliegue de esfuerzos por su limpieza, si no se cuenta además con la colaboración del público, prestada con amplitud y sentido de comprensión, su aspecto general será fatalmente el de una ciudad sucia. Y esto es tan cierto, como que en el caso contrario, hallaremos limpia aquella ciudad que, aún contando con precarios servicios públicos de limpieza, posea en cambio una población que habiendo alcanzado cierto standard de sentido social, sepa contribuir a mantener su aseo.

o

Montevideo no es una ciudad sucia. Pero podría ser mucho más limpia aún. Está muy por encima de ciudades como Marsella, Barcelona, Liverpool, San Francisco y Nueva Orleans. También alcanza a aventajar a Londres, a París y a Nueva York. Pero podría llegar a ser como Ginebra, Roma, Washington, Los Angeles... ¿Qué le falta para alcanzar ese registro superior de aseo público...?

Con esta pregunta hemos llegado a la raíz misma de la cuestión. El problema de la limpieza de las ciudades, como tantos otros de la vida en común, se asienta fundamentalmente en la mejor o peor disposición del público. Una ciudad es, además de muchas otras cosas, por encima de todo, la expresión de las múltiples formas de la vida de relación de sus propios habitantes.

La vida de relación puede resentirse y llegar hasta el primitivismo, según cuente o le falte ese valor extraordinario que es el sentido social; substancia indispensable para todo emprendimiento de carácter colectivo.

¿En qué medida estamos nosotros poseídos de ese valor de altruismo...? Resulta difícil estimarlo con cierta precisión, por que parecería, que además, somos un pueblo contradictorio. Si tomamos como índice la última prueba a que se ha sometido recientemente a la población, tenemos que acreditarnos un elevado nivel de sentido social. Nos referimos a los resultados de la adopción de los semáforos para la regulación del tránsito central. ¿De qué servirían esos aparatos luminosos y todo su sincronismo sin la colaboración del público que los acata y se somete socialmente a su ordenamiento...? Allí la población ha puesto todo eso que tiene que poner de sí en beneficio de la comunidad.

Sin embargo ese mismo público que respeta el nuevo régimen mecánico, en cuanto sale de su zona de influencia y en muchos otros aspectos de la vida colectiva, pasa a ser todo lo contrario. Es el mismo que destruye un arbol. Es el mismo que daña con el cortaplumas los asientos de los ómnibus. Es el mismo que para cortar una flor de un jardín público deshace la planta. Y para referirnos a lo que alguna vez fué su culminación, digamos también que es el mismo que ha llegado a meter un fósforo encendido en la boca de un buzón...

¿Qué muestra de respeto por la comunidad nos ofrece ese señor que resistiendo someterse al régimen normal de recolección de resíduos, en la impunidad de la noche abre la ventana de su quinto piso y tira a la calle un paquete de desperdicios...? El paquete se desarma en el aire y al otro día vemos colgar del arbolado, como rubias y morenas espirales, las cáscaras de papas y naranjas, con las protestas de los del primer piso.

Esa gente cree que al filo de la línea de edificación terminan todas sus obligaciones en el buen sentido de la convivencia humana. Y entonces tiran a la calle o a la vecindad lo mismo un tarro que una damajuana rota, o una silla deshecha. Para ellos la ciudad es poco más que una jaula de monos, que hay que limpiárselas todos los días...

En muchos otros casos, los más generalizados, esa anarquía orientada en contra del orden de la recolección de resíduos, se concita en el baldío más próximo. Y entonces allí nace el basural; permanente foco de contaminación, donde además proliferan muchas especies. El dueño del baldío no lo limpia, ni lo cerca. El Municipio no puede transponer la línea del dominio público para higienizarlo, ni cuenta con recurso legal suficiente para ello; ni para imponer, de manera eficaz, la obligación de cercarlo. Además, cuando algún raro dueño de baldío lo cerca, a la semana le roban el tejido, y un poco después los palos. Y el baldío sigue siendo el basural del barrio.

Es de hacer notar que los servicios públicos de recolección domiciliaria, son continuos en Montevideo. Con la sola excepción del 1º de mayo, se cumplen durante todo el año, feriados o no, como no es común en otras ciudades. Pero no obstante este aspecto que destacamos, una evidente ausencia de sentido social y hasta un afán de ir contra la corriente de lo racional, hace que muchos núcleos de vecindades, de ubicación eminentemente central, desvíen sus resíduos o desperdicios al ordenamiento natural de recolección para ir a descargarlos al improvisado basural del baldío más próximo. Las notas gráficas conque ilustramos esta página, precisan con elocuencia la ubicación de esos basurales. No pertenecen a los suburbios de la ciudad, los hemos encontrado en calles y avenidas importantes, junto a edificaciones costosas. Estas muestras de desprecio por la comunidad, de imperfección del corazón y de la inteligencia humanas, no son patrimonio exclusivo de una clase social. Las vemos también en las zonas residenciales donde se afinca la otra, la de más elevado nivel.

Entre otros aspectos de la limpieza de la ciudad, que conciernen exclusivamente al particular, mencionemos aunque sólo sea de paso, el caso de las aceras. Parecería que la época en que se barrían o se lavaban han pasado de moda. Es común en muchas partes encontrar las calles más limpias que las veredas. En pleno Pocitos, por ejemplo, en Avenida Brasil, por Boulevard España, en la calle Ellauri —y estamos nombrando sus principales arterias— hay veredas que sólo se limpian cuando llueve...

¿Cómo se explica pues, que dos resultados tan distintos deriven de una misma población...? Por un lado, el citado ejemplo de los semáforos. Por el otro, todo esto del desaseo público. ¿Será, acaso, que el problema de la limpieza de la ciudad esté un tanto falto de actualidad y se haga nenecesario recordarlo periódicamente mediante intensas campañas que reaviven elementales sentimientos...? El caso de los semáforos, al que podríamos agregar el del cambio de mano en la dirección del tránsito, cuyos resultados fueron también una consecuencia de otra intensa campaña, estaría indicándonos el camino. La propaganda de la limpieza, haría más limpia nuestra ciudad.

Ismael SOLARI AMONDARAIN.

(Especial para EL DIA).

Otro baldío y otro basural. ¿Para qué vamos a someternos a la tiranía de un sistema de recolección de basuras, si tenemos un baldío aquí cerquita...? Formemos el basural y nos independizamos de ese servicio público..., parece haber dicho este barrio.

Estamos en la intersección de dos avenidas amplias e importantes que delimitan a este baldío, y como no podía ser de otra manera, estamos en un amplio basural; en el que alguien también, ha hecho una suelta de gallinas...

ENTREVISTAS SIN PALABRAS

LUIS ALBERTO SANCHEZ

AUNQUE discrepante del Aprismo en la interpretación del hecho histórico hispanoamericano, pero coincidente en la mayoría de sus aspectos finalistas, algunas veces me he convertido en enlace de sus actividades políticas en Perú. Recuerdo muy especialmente una coincidencia de dicha actividad mía pro aprista. En 1930 embarqué no muy a gusto en el puerto de San José de Guatemala, a bordo del pequeño barco "Acajutla", de la Mala Real Inglesa en el Pacífico. Guindado como un fardo más, la grúa me descendió sobre cubierta, de donde me sacaron de entre mallas unos marineros. Casi todos ellos eran peruanos, afiliados al partido Aprista. Costeando el paisaje centro-americano, recalando en casi todos su puertos, los días dilatados con sus horas de ocio me dieron ocasión de prosear con aquellos hombres. Gente brava, muy precupada por el destino de su país y al corriente de los problemas políticos sociales de América. Me dijo uno de ellos:

—"Esta misma cabina que usted ocupa fué la de Haya de la Torre en una de sus vueltas por estas repúblicas. Nunca he visto hombre más confiado. Usted recuerda la tendenciosa campaña que se le hacía. Pues, así y todo, no tuvo ninguna preocupación al llegar al Canal, sabiendo que le esperaba la policía. Nosotros, sabedores de cómo se puede arruinar la reputación de un hombre, haciéndole aparecer como traficante en drogas y otras cosas, nos encargamos de cuidarle la cabina y el equipaje para que nadie se lo tocara, a no ser en su presencia o en la nuestra".

Nos despedidos en Colón y quedamos de acuerdo para vernos en Guayaquil, a donde yo me digiría, para presentarme a un grupo aprista peruano en dicha ciudad. Efectivamente, en Guayaquil, me convertí en elemento de enlace para el exterior. En aquel entonces estaba ya de redactor de "El Telégrafo", el gran rotativo ecuatoriano, y en ese mismo diario se hizo efectiva propaganda contra la dictadura peruana.

En la temporada que me tocó estar al frente de la Página Literaria de "El Telégrafo", por ausencia de su director, Abel Romeo Castillo, tuve oportunidad de publicar un ensayo de Luis Alberto Sánchez sobre José Carlos Mariátegui, y, si mal no recuerdo, Luis Alberto Sánchez se dirigió a nosotros pidiéndonos unos cuantos ejemplares de dicho ensayo, cuyas copias parece se le habían extraviado en uno de sus tantos viajes, voluntarios unos, forzosos otros.

Si cito esto que podríamos llamar anecdotario anodino, es porque, con el recuerdo, pretendo calibrar la diferencia de apreciación que existe sobre el autor de "Don Manuel", valorado desde los pueblos con sedimentación india o desde Uruguay y Argentina. Entre los intelectuales rioplatenses, Luis Alberto Sánchez es un profesor más o menos ambulante de literatura, con el dinamismo que la continua mutación de paisajes, espirituales y físicos, impone a un ciudadano del exilio. Hacia el norte, desde Bolivia a México, Luis Alberto Sánchez, además de profesor, es una voluntad, y un temperamento, y una inteligencia, y una erudición y una sensual substancia de sabor humano por la tragedia del hombre hispanoamericano, formando el monstruoso drama de todo el continente hispánico.

Las tres etapas de la vida espiritual de Luis Alberto Sánchez podrían sintetizarse así: inquietud en torno a la cultura peruana, desde sus ensayos sobre letras y hombres — entre éstos Don Ricardo Palma y Don Manuel González Prada — hasta su "Historia de la Literatura Peruana"; inquietud en torno al problema político del Perú y resto de Hispanoamérica, con sus libros "Aprismo y Religión", "Haya de la Torre o el Político", y multitud de ensayos referentes a temas de política continental; inquietud en torno a la literatura general de América, interpretada desde un ángulo que abarca un arco de integraciones de toda la fenomenología espiritual del hombre hispanoamericano. No es que estas tres etapas se hayan producido periódicamente en el suceder del tiempo, sino entremezclándose, tanto por el deseo urgente de responder a cuantas llamadas hace la vida a su espíritu inquieto, como por imperativo de su vivir en peligro, obligado a interrumpir tareas, dejando las que ya se habían convertido en sistemática creación, para atrapar las que le imponía un brusco cambio de rumbo.

Estas tres direcciones del pensamiento de Luis Alberto Sánchez le hacen fundamentalmente un ciudadano de Hispanoamérica. Y no en desmedro de su peruanismo esencial, todo lo contrario, sino que, por su condición continental, su patriotismo es de más pura raíz peruana, pues él sabe, y lo enseña magistralmente, que en Hispanoamérica no puede haber desarmonía entre lo particular geográfico o político, con lo general elaborado en misión de síntesis durante tres siglos, esencia que se mantiene con el mismo aliento, contra la corriente escisionista de los particularismos patrioteros, fronterizos. Demostración de que lo fundamental histórico hispanoamericano se elabora con ese aliento de universalidad que puede auscultarse en el pulso de nuestros pueblos, al margen de los oficialismos en política y de los academismos en literatura y demás manifestaciones de la vida artística.

En toda la obra de Luis Alberto Sánchez, desde la sistemática en volúmenes, hasta su producción periodística, lo primero que siente el buen catador de lecturas es la fuerza de atracción de su estilo. Hasta vísperas de su viaje a Uruguay, ha estado colaborando en el Suplemento de EL DIA, y en sus notas puede apreciarse esa fuerza de atracción que ejerce en el espíritu de los lectores. Y nos preguntamos: ¿será porque su formación, humanista en primer lugar, múltiple en las diferentes captaciones del pensamiento contemporáneo, le hace actual en cada uno de los temas que aborda? ¿Será por su don polémico, de argumento y réplica, tan grato siempre al hombre, pues buscamos la verdad en la pugna de las contradicciones? ¿Será porque su capacidad de erudición se expresa siempre como un alegato del pensamiento disperso y válido de otros, justificando su propio pensamiento?

Y nos contestamos: por todo eso, pero fundamentalmente porque su estilo es verbo de polémica viva con la propia vida; la de los pueblos como expresión de cultura y la de los hombres como dinámica en el interrogante de esa misma vida. Leed cualquier página de este escritor peruano e inopinadamente os veréis mezclados en una polémica. Pero no en mengua de su sistema de exposición ni de su punto de vista teórico, sino por la propia condición humana de su formación. Esa es la cuestión. Ni su letra ni su teoría se inhiben del problema concreto del hombre. (Aquí sería válido hablar de esa moda literaria y filosófica de los existencialismos, tratando de hallar la incógnita del binomio ser-existir, según importaciones europeas. Podríamos referirnos a la literatura hispanoamérica, la ya creada en el terreno de la buena novela, para demostrar que en ella el binomio se resuelve en un realismo humano que, desde las reacciones telúricas, "Huasipungo", de Jorge Icaza, "El Mundo es ancho y ajeno". de Ciro Alegría, se eleva a la expresión fáustica, que es existir por la senda de la acción, según el "tríptico fecundo" que Luis Alberto Sánchez denomina, "pensamiento, verbo y gesto". Porque no se olvide que el gesto no es mera gesticulación, sino el signo exterior de una pasión interna sentida, meditada. Cuando los escritores han perdido contacto con la realidad hombre, derivan entonces hacia las abstracciones del realismo metafísico, perdiendo entidad concreta del existir y el ser. Pero si el escritor escribe de dentro hacia fuera, si previamente se ha considerado como una existencia real de contradicciones respecto de sus semejantes, deseando hallar la posible armonía que le una al mundo exterior, entonces el escritor ha resuelto el problema de su esencia, más allá de las teorías metafísicas, pues le ha sido suficiente la ruta de las emociones estéticas.

El estilo polémico de Luis Alberto Sánchez es un reactivo para la depuración del pensamiento hispanoamericano. ¿Somos o no capaces de elaborar nuestro propio estilo de vida? ¿Ss está o no forjando en nuestros pueblos una nueva dialéctica de valores esenciales? Mucho ha vagado el pensamiento en torno a estas preguntas, pero ¿acaso la permanencia del interrogante no es ya prueba de un potencial devenir? Y el autor de "América, novela sin novelistas", se impone la tarea de desbrozar la manigua del criticismo retórico y del parcialismo localista, para presentar la literatura hispanoamericana, que es el alma de Hispanoamérica, como un proceso de superaciones comarcales fundidas a una entidad superior. A la literatura hispanoamericana reflejo de literatura europea, Luis Alberto Sánchez opone la literatura como floración espiritual de nuestra propia raíz de hombre vinculado a la tierra. ¿Menosprecio de influencias extrañas? No, integración de las mismas en la entraña de nuestra sensibilidad, hasta hacerlas tan nuestras que sean elemento de nuestra diferenciación.

¿Por qué si Hispanoamérica, por escenario y alma, es fundamentalmente romántica, hemos de expresar nuestro romatnicismo con molde europeo? Si los grandes románticos del siglo XIX vivían pendientes de la imagen americana para la recreación simbólica del romanticismo en su fuga liberadora, ¿por qué no exaltamos nosotros ese mismo romanticismo según nuestro propio estilo de vida? Si la esencia está en nosotros, ¿por qué no ha de estar en nosotros el instrumento expresivo?

Afortunadamente, las nuevas generaciones se van manumitiendo, no de la influencia foránea directa, pues ella siempre es saludable, sino de la influencia foránea adulterada por los descastados, por los que, si hispanoamericanos por casualidad geográfica, son metecos por la deformación de su espíritu. Y en esta lucha por la depuración de nuestro estilo vital, Luis Alberto Sánchez ocupa lugar preeminente. Su magisterio es una misión en la que se funden inteligencia y fe. Dos categorías que no siempre van de la mano en nuestro mundo. ¿Inteligencia para qué? ¿Y la fe en quién? Oigamos sus propias palabras, las que estampa al final de su libro "Vida y Pasión de la Cultura en América".

"...cada día me aparto más de la presuntuosa *intelligentsia* parapetada en universidades feudales y al servicio de Beocia, en un egoísta e imprevisor anhelo de vivir, sin sobrevivirse nunca. Aprendan — este final es francamente oratorio — los hombres ilustrados de América, la difícil pero tónica lección de toda cultura que amanece: la vida vale más que la letra, realizar más que criticar, y la fe sobrepasa al dogma. Fluye así la conclusión de este libro: siempre le faltó fe a la *intelligentsia* americana. Para creársela, vayamos a la fuente misma de toda nación: al Pueblo. Y resígnense los ilustrados de hoy, a no ser más que un puente — tránsito perecedero y fugaz — entre la Colonia ahora agonizante, y una América nueva".

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA).

El perfume del Romance

...cálido y persistente!

Loción: desde $ 1.50 hasta $ 12.90

Colonia: desde $ 1.20 hasta $ 5.90

Royal Briar

ATKINSONS

CREADO EN LONDRES Y ELABORADO CON ESENCIAS IMPORTADAS.

RB - U - 85

SILUETAS AMERICANAS

JOHN DOS PASSOS

GERMAN Arciniegas le tradujo el nombre al momento: "Míster Juanito Caminador". Dos Passos soltó la sana risotada. No hacía mucho acababa de pasar un semestre en Ecuador. Tenía las retinas llenas de sol y nieve andinos. Jorge Icaza, el gran novelista quiteño, lo tenía embrujado con sus amargos relatos. El travieso de Jorge sonreía y hacía chistes de la sensibilidad norteamericana. Dos Passos nos contó entonces su secreto: era descendiente, es descendiente de portugués. La sangre latina le brinca en su obra entera. Tal vez por eso, tratando de justificarse norteamericano, andaba en aquellos días de 1942 con un libro patriótico entre manos: *"The Ground we Stand on"*. Me parece con algo de mea culpa innecesaria.

Dos Passos y Thornton Wilder eran las figuras estelares de nuestro pequeño grupo de investigadores de hechos. Suele ocurrir en los Estados Unidos, que nadie presta crédito a otra cosa que a lo que la experiencia demuestra. Los títulos y pretensiones valen de nada en los campos académicos. Dos Passos había estudiado en Harvard y figuraba desde los ricos años del 20 entre los descubridores de la realidad de su país. Quien recuerde *"Manhattan Transfer"* tiene sin duda presente la profunda impresión causada por su lectura en el ánimo de los lectores de toda latitud, en Francia como en España y Sud América.

Alto, un poco inclinado hacia adelante; la cabeza bastante desnuda de follaje y hasta de esporádica hojambre; miopes los ojos, defendidos de gruesos espejuelos; las manos grandes; moreno el color; un muy mucho parecido a un Carlos Georges Nascimento con menos centímetros de diámetro y unos pocos más de altura. John Dos Passos hablaba con cierta inseguridad formal, sin jactancia y también sin el clásico amaneramiento bostoniano de Wilder, entonces residente en Connecticut. En ningún instante de las discusiones, ni de las charlas libres de sobremesa, Dos Passos quiso hacerse sentir. Recuerdo que una de sus conversaciones más largas fué en torno a una publicación en esos días muy en boga: la curación de la sífilis por medio del calor. Nada menos literario, diría hasta impropio de un hombre de quilates literarios.

Salimos una mañana juntos, paseando por los alrededores de la calle 12, en el lado Oeste. Ya hacía frío. No eran aún días de guerra. Después volveríamos a encontrarnos fugazmente, ya con la guerra desatada. Decía Dos Passos: "He encontrado mucha, tremenda miseria en Ecuador, pero a la vez, una gran potencia espiritual. El indio es rico de esencias, aunque paupérrimo de presencias. Tiene una capacidad artística excelente. No puede ser inferior quien pinta como él, quien filosofa como él. No confundamos el palo con la razón. Estoy decidido a escribir una novela sobre el indio ecuatoriano, pero me haría falta volver. No sé si la vida, ni cuándo, me será posible hacerlo."

Comparaba las palabras del gran novelista de *"Paralelo 42"*, al brioso cronista de *"Rocinante vuelve al camino"*. Waldo Frank me había hablado mil veces de Dos Passos, describiéndomelo tal como era. Un alma trasparente, un corazón lleno de piedad y generosidad. Entre los novelistas del 20, la más fuerte y revolucionaria de las promociones literarias de los Estados Unidos. Dos Passos fué de los primeros. Días aquellos del Greenwich Village, de Wolff, de Lewis, de Stein, de Dos Passos.

"Es verdad que estábamos saturados de París, pero volvíamos de la primera guerra y Europa se nos entró en el alma. Quisimos establecer aquí, en el Village, una sucursal del Quartier Latin. La gente nos llamaba de mil feos modos. Hoy, el Greenwich es refugio de burgueses con humos estéticos. Aquí —estábamos en Washington Square, bajo el remedo de Arco de Triunfo— teníamos pintores y palomas... Nuestra Mimí era Miss Mimí, pero aquí estaba. Habíamos descubierto el marxismo y la justicia social. Creíamos que escribir era una típica función social. Reformaríamos al mundo..."

Hay un deje de amargura en la frase. Pregunté a Dos Passos:

—¿Lo sigue creyendo?

DIBUJO DE SIFREDI

Me miró rápidamente. Luego, dando zancadas, prosiguió:

—Creyéndolo, sí. Pero ¿practicándolo? El mundo se ha vuelto egoísta. Este Hitler ha revuelto todo. Hay que ponerse a tono. Nos ha crecido bajo los pies un territorio exigente e imperioso. Hay que servirlo también.

No pude menos de evocar las páginas de Frank en su *"Redescubrimiento de América"*, y algunos de los zahoríes *"Prejuicios"* de Mencken. Nos perdimos en la charla. Saqué de ella la impresión de que Dos Passos había abandonado totalmente sus antiguas "idola" y que se hallaba en camino de Damasco; de otro Damasco, digamos mejor.

En América del Sur se ha imitado mucho el estilo de Dos Passos. Sin más, es patente su influencia en novelistas nuevos como Gilbert, Alegría, a ratos Pareja. Podría hablarse de un "estilo caótico". *"Manhattan Transfer"* fué, sin duda, una de las primeras novelas que pudo filmar Douglas Fairbanks (padre); escritas a pulso de vértigo; desdeñosas de la lógica racionalista; lanzadas al abismo de las apetencias primordiales, traductoras de complejidades y simultaneidades, como el cinematógrafo y como las lucubraciones de Maese Freud. Alguna vez he dicho que esa novela de Dos Passos se parece a las nuestras, de la selva, en su inspiración, tema y modo, y sobre todo en que el autor desaparece tragado por los vórtices naturales; que naturaleza no es sólo el árbol gigantesco, sino también el rascacielos monstruoso, el río torrentoso y el subway torbellinesco.

Dos Passos me queda mirando un rato y dice con pausa:

—Yo creo, pese a toda diferencia somática o fisonómica o económica, que somos una sola y misma cosa los de América.

Nos alejamos a trancadas —las mías dos veces más rápidas, dos veces más cortas que las de Juanito el Caminador—. Nos asomamos a la estación del subway en Sexta con Ocho. Dos Passos pestañea y mira largamente la caterva de seres que se lanzan al abismo como quien busca salvación. Doy un paso hacia la escala:

—Vamos mejor a tomar un taxi —me dice—. Se ve el poco sol que queda y siempre nos abrigan los rascacielos.

Hay melancolía en el tono. A este triunfador literario, traducido a todos los idiomas, se le advierte no se qué matiz de tristeza. Ya sabemos que no todas las victorias embriagan. Las hay que hieren y torturan. Cuando los tiempos cambian, las canciones también mudan. ¿Cuál sería la predilecta canción de John Dos Passos, de Juanito el Caminador? Jorge Icaza bromea en un rincón:

—El paso que a Juanito le gusta, es el trotecito de los indios nuestros.

José Antonio Arze, que también está con nosotros, agrega:

—Es el más nuestro.

Don Jesús Silva Herzog agrega:

—Así nos entenderíamos mejor.

Américo Ghioldi sonríe. Los argentinos no tienen indios. John concluye:

—El verdadero viaje al edador del mundo concluye en una simplísima lección: somos una cosa, y lo mismo.

No sé qué pensará ni qué ha escrito John Dos Passos en estos últimos ocho años. Me gustaría saber que ha vuelto a su primitivo modo. Pero, ¡es tan difícil volver a la surgente cuando se corre tan de prisa! Lo de aquella canción española, sin puntas de peyorativismo ni malicia: "Agua que va río abajo — arriba no ha de volver".

Luis-Alberto SANCHEZ.

(Especial para EL DIA).

NIEVES DE CRISTINA Y SUS

Cristina de Suecia, según un retrato de la época.

ALGUN hecho reciente y notorio dió periodística publicidad al problema de la mutación de sexo. En realidad, según es sabido, no se trata de una verdadera mutación sino tan sólo del desplazamiento hacia uno de los extremos de la balanza del que, por sus caracteres, estaba muy cerca del fiel. La ciencia moderna dispone de recursos para promover, muchas veces, ese desplazamiento, eliminando enojosas y equívocas situaciones intermedias. Pero antaño la cosa era más difícil, si no imposible, y el que nacía con esa condición debía arrastrarla sin remedio toda su vida, para propia desazón y quizá también para tormento, compasión o regocijo de allegados y conocidos.

Uno de los casos más ilustres y curiosos de este capricho de la especie nos lo ofrece la reina Cristina de Suecia. Ya en el momento mismo de su nacimiento había de hacerse patente el equívoco. La comadrona y las otras mujeres que asistieron al parto creyeron, en un principio, que se trataba de un varón. Así lo habían pronosticado los astrólogos y videntes y tal era también el fervoroso anhelo de la familia real y de la corte, pues la corona no tenía heredero. El deseo y la profecía pudieron haber turbado el discernimiento de las parteras, cuarto más que la criatura daba recios vagidos y tenía el cuerpo, salvo las piernas, cubierto de espeso vello. Pero se hace difícil creer que personas expertas se contentasen con esas apariencias y no hubiesen llevado más lejos la indagación antes de comunicar la trascendental noticia al padre, el gran rey Gustavo Adolfo. La ingrata comprobación, y el natural desencanto, sobrevino por fin. Y como nadie quería desengañar al monarca feliz, temiendo su cólera, su hermana al cabo se arriesgó. "No importa —dijo Gustavo—. Esta niña valdrá por un hombre. Ya empieza burlándose de todos".

Quiso el padre que en todo recibiera educación de varón, preparándola para reinar. Muy niña aún, la llevaba consigo a los ejercicios militares y ella se complacía en el ruido de los disparos y en el redoblar de los tambores. Amplios estudios e intenso deporte absorbían todas sus horas y en lo uno y lo otro pronto sobresalió. En poco tiempo, dominó las lenguas clásicas y muchas modernas y se hizo versada en las más variadas disciplinas. Pero, a la vez, hacia grandes jornadas a caballo, vestida y montada como un hombre, y dicen que llegó a ser el mejor jinete de Suecia. Podría achacarse a esta suerte de educación sus aficiones masculinas, pero la facilidad y el gusto con que a ella se adaptó, y lo descollante de sus resultados, revelan innata predisposición. Ella misma lo confiesa al declarar en la historia de su vida, escrita mucho más tarde, que sus inclinaciones se conformaban a los designios de los pedagogos. Desde entonces y hasta su senectud, abandonará los trajes mujeriles. En viaje solía llevar largo coleto de ante, calzas, espadón y sombrero de plumas. En la ciudad vestía a veces una falda, como única concesión, pero en todo lo demás su atuendo era de varón. Hasta la peluca, muy levantada en la frente y abundante por los lados. En ocasión de su viaje a Francia, el duque de Guisa, agudo cortesano, supo ganarse la simpatía de la sueca regalándole tres de sus propias pelucas que la reina, muy reconocida, había de usar.

El mismo duque de Guisa nos la describe así en sus treinta años: "No es alta, pero sí de buenas carnes y anchas caderas; el brazo es torneado, la mano blanca y bien modelada, pero más de hombre que de mujer; tiene un hombro más alto que el otro. El rostro es grande sin ser defectuoso; todos sus rasgos son pronunciados; la nariz aquilina, la boca bastante grande, los dientes regulares, los ojos muy hermosos, llenos de fuego; la tez, a pesar de algunas señales de viruelas, muy bella; regular el óvalo del rostro". Los retratos que de ella quedan confirman esta descripción y sus manifiestos rasgos masculinos. Y no eran sólo los rasgos y el vestir, sino también, naturalmente, los modales. En una gran fiesta nocturna que se le ofreció en el castillo de Chantemerle, la encuentra la famosa Mademoiselle de Montpensier, la "Grande Mademoiselle", que intervino en La Fronda. La Grande Mademoiselle observa que, durante la comedia, Cristina adopta extrañas posturas, impropias de una reina y de una dama: se tendía hacia atrás quedando

El Cardenal Azzolini, gran pasión de Christina de Suecia.

casi acostada, y echaba las piernas por encima del sillón, "cosa que —dice— sólo he visto hacer a los bufones".

Dos rasgos destacados de su carácter son de neto signo varonil: la ambición y la independencia. La ambición de Cristina era la ambición de poderío y gloria. Los motivos últimos de su abdicación no aparecen claros pero tal vez respondan a un afán desmedido de libertad. Aun para un monarca absoluto, la corona es una carga y una traba. Si confiere dominación y mando, también coarta. La abdicación vendría así a ser un triunfo de su espíritu de independencia sobre su afán de poder. Mas apenas depone la heredada vestidura, ya sueña con otras nuevas y seguirá soñando a lo largo de su vida. No la detendrán en ello consideraciones de gratitud o lealtad: la ambición —como sueño o aspiración prevalece y las ahoga. Aspirará a ser reina de Flandes, desposeyendo de esas provincias a Felipe IV. Más tarde querrá privarle, con igual designio, de Nápoles. Y en sus últimos años pretenderá, con cierto apoyo vaticano, ser proclamada reina de Polonia. No se resignaba a perder su condición, y aunque sin reino, reina se consideraba y como tal exigía ser tratada y reconocida. Al tiempo de su abdicación, hizo acuñar una simbólica y significativa medalla. En el anverso, aparece su busto de perfil y la leyenda: "Christina regina"; en el reverso, [illegible] corona y el mote "et sine te": [illegible] corona, sigo siendo reina.

Su ansia de libertad irrestricta, que le condujo a la abdicación, fué, quizá, también, lo que la impulsó a abjurar de la creencia de sus padres. El luteranismo era una religión demasiado austera para su natural impulsivo y rebelde. El catolicismo, al menos en la realidad, ofreciale más fácil y desembarazado campo. Las diversiones con que la agasajó la corte vaticana, la vida suelta y licenciosa de Roma confirmaban sus pronósticos y esperanzas. No parece que hubiesen mediado factores de índole profunda, culminación de un proceso interior, en su conversión. Desde muy temprano dejó de creer en la religión en que fué criada. "Pensaba —dice— que los clérigos con sus sermones se proponían engañarme y asustarme para gobernarme mejor". Siempre el recelo de que los otros la dominasen, el afán de independencia. Hízose, pues, una "especie de religión" para sí misma. No es probable que de esta actitud de desconfianza frente a cualquier magisterio, de esta "especie de religión" que se crea para su uso —y que no debía ser sino una esquemática concepción del mundo de tipo filosófico— pasase al catolicismo por graves imperativos internos. El catolicismo oficial, complacido de la conquista de una reina luterana, le ofrecía en Roma el homenaje pomposo de la barroca corte vaticana, una vida galante y regocijada, de aventura e intriga, los tesoros de arte, las bibliotecas, los cultos y sutiles espíritus que continuaban el humanismo renacentista. Y todo esto la halagaba y la satisfacía porque, además, podía seguir haciendo su santa voluntad, su real gana, sus caprichos que eran, en frase de un sagaz personaje de la época, lo único que la reina quería.

Los rasgos hasta aquí anotados, así de lo externo como de lo interior de Cristina, perfilan ya una silueta de acentuado matiz masculino. A ello cabría añadir su poca afición a la sociedad de las mujeres. Cuando era reina de verdad, reunió en Estocolmo una verdadera academia de sabios de varios países con quienes sostenía largas y sesudas conferencias. Y si ello respondía a su afán de saber, también provenía del gusto que tenía en reunirse con hombres. Claro que la inclinación a la compañía de los varones no es indicio necesario de masculinidad y aun puede serlo de lo contrario. Pero sí lo era en Cristina porque lo que buscaba no era tan sólo estar con ellos sino hablar de lo que ellos hablan entre sí, como uno más. Entre esos sabios, a los que trataba con deferencia y generosidad, pero a veces también con dureza, figuró Descartes. El pobre Descartes, que tanto cuidaba su salud, fué arrancado de su sosegada residencia holandesa para pasar en Suecia un despiadado invierno. Recibíalo Cristina a las cinco de la mañana en la helada biblioteca de Palacio para que le expusiera sus doctrinas filosóficas y científicas. Tenía que levantarse a las cuatro, él que siempre fuera amigo de demorarse en la cama algunas horas las mañanas frías. Aquello, naturalmente, le costó la vida: una pulmonía se lo llevó cuando no tenía más que cincuenta y cuatro años.

o

Esa modalidad de la naturaleza de la reina Cristina tenía que dejar sentir su influjo en la vida afectiva. Sabemos —ella misma lo dice y los hechos lo confirman— que era de ánimo vehemente, propensa al arrebato pasional. "Mi temperamento, impetuoso y ardiente no se ha inclinado menos al amor que a la ambición", declara en su autobiografía. Temía que ese ardor la condujera a tremendos desórdenes y afirma haber llegado al borde del abismo. Y lo que la contuvo y evitó la catástrofe no fué precisamente el ascético ejercicio, el virtuoso dominio de sí propia nacido de consideraciones morales o religiosas, sino su orgullo, su ambición, aquel espíritu de independencia que le hacía insufrible cualquier forma de sometimiento.

Por eso aborrecía el matrimonio, en el que veía una forma de esclavitud. En muchas ocasiones, a lo largo de su vida, repite, siempre con encono y aborrecimiento, los anatemas contra el matrimonio. Con demasiado encono y aborrecimiento y con dema-

Descartes desarrollando una exposición científica ante Cristina de Suecia y su corte.

siada reiteración como para pensar que pudiera haber en ello algo más que el deseo de conservar su independencia. Desde su abdicación, señaladamente, nadie había de presionarla para que renunciara al celibato. ¿A qué, pues, esa obsesión? ¿O es que odiaba el matrimonio, más que por la supeditación que entrañase, porque, en realidad, le estaba vedado? Aquí podía jugar su orgullo. De cierto, nada sabemos, es un misterio que la historia jamás esclarecerá.

Grandes amores sí los tuvo. Y el amor es también una forma de sumisión, quizá más fuerte aún que el simple matrimonio porque su atadura es interior. Entre los afectos de Cristina, uno de los primeros y más intensos fué el que concibió por su dama de honor Ebba Sparre, mujer de gran belleza y encanto. Las cartas que le escribía desde el extranjero —pues Ebba no la siguió al voluntario destierro— eran fogosas, apasionadas. Y no fué ésta la única afección femenina de la reina. En ocasión del ya mentado viaje por Francia, al llegar a Lyon —tenía entonces treinta años— vió bañarse en el Ródano a la marquesa de Gauges, espléndida beldad de la que quedó súbitamente prendada y por

ANTAÑO:

DE SUECIA AMORES

quien prolongó por varios días su permanencia en la ciudad.

Pero sus más acendradas y cálidas pasiones fueron provocadas por varones. Si en estos episodios de su vida —como dice el ameno Villaurrutia— pasó el Rubicón o no se atrevió a pasarlo, cosa es de la que no hay prueba ni testimonio. Las habladurías y maledicencias abundan en su tiempo, quizá más que en otros, pero ya se sabe el caso que de ellas hay que hacer. No faltan, por el contrario, indicios de que decía verdad cuando declaraba en su autobiografía haber estado cerca del abismo pero no sucumbido y ser inocente "de todas las imposturas con las que se ha querido ensombrecer mi vida". "Me habría infaliblemente casado —agrega— si hubiera reconocido en mí la menor debilidad".

Era Cristina, ante todo, una imaginativa. Vivía en su imaginación mucho más que en la realidad. Por eso concebía proyectos absurdos, de imposible realización, con los que se sentía feliz. Sus amores fueron también, en gran parte, imaginativos, platónicos, y con ese género de amores se satisfacía. A ello contribuían sus lecturas clásicas y su artístico entusiasmo por las formas bellas, llenas de amorosos incentivos.

Los amores que tuvo con Magnus de la Gardie, joven de origen gascón y, a fuer de tal, gallardo, ingenioso y valiente, fueron rotos por decisión de la reina. Enamorada rendidamente de él, le distinguió con su favor y le otorgó títulos y cargos en abundancia. El galán creyó sin duda que esa actitud y la ternura y afición que le mostraba eran indicio e invitación para otro género de amabilidades y un día osó estrecharla en sus brazos. Cristina lo repelió enfurecida. Pero no lo castigó con dureza. Quizá aquel abrazo vino a descubrir lo débil de sus propias defensas, y para evitar nuevos riesgos, resolvió alejarlo enviándolo como su embajador a París.

Las relaciones que luego tuvo con el de España en Suecia, Don Antonio Pimentel, pese a las hablillas, tal vez hayan sido aún menos íntimas en lo tocante al amor. Pimentel, nacido en Palermo de familia española, era un experto cortesano, hábil en halagos, apuesto y galante. En la primera audiencia con Cristina se redujo a hacerle una profunda reverencia y, sin decir palabra, se retiró. La reina quedó descorcertada, y en la segunda audiencia le preguntó la razón de su extraño proceder. Y Pimentel le respondió que su aire de grandeza y majestad le había dejado confuso y suspenso porque, a pesar de la fama que rodeaba su nombre, la realidad era muy superior a lo que él se imaginara. Esta adulación, un tanto burda, aunque muy dentro del estilo hiperbólico de la época, causó impresión a Cristina que refiere complacida el hecho en sus memorias.

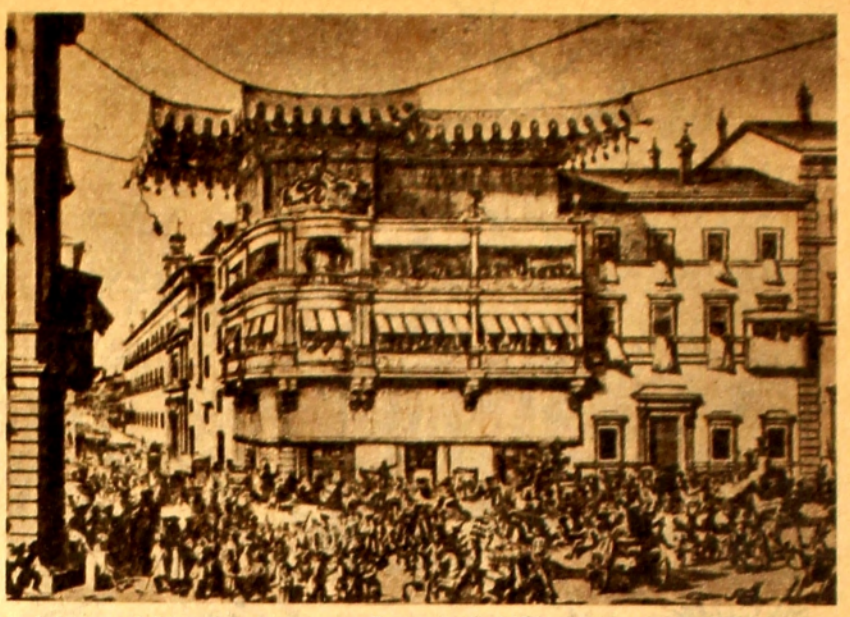
Pimentel, mostrándose en eso diestro diplomático, se conquistó el ánimo de la reina que tenía con él grandes confidencias en largas entrevistas a solas. Fueron estas entrevistas las que dieron pábulo a los rumores de que eran amantes. Más nada hay de seguro en ello, y lo probable es que no fuese cierto. Sin duda que Cristina sintió por él atracción y aun cabe afirmar que estuvo de él enamorada. No oculta en sus memorias el afecto que Pimentel le había inspirado, y en las cartas que le escribió parece que a menudo se dirigía a él en términos apasionados. Dábase en esta mujer la circunstancia —por lo demás no muy rara— de que sus exteriorizaciones, así en la palabra como el ademán o el gesto, iban más allá de su verdadera significación, y lo que detrás de ellos había no era tanto como por las apariencias cabía juzgar. Cosa que, naturalmente, provenía de su espíritu fantasioso e impulsivo.

La implacable chismografía de la época se ensañó en la sueca colgándole amoríos y aventuras sin tasa. La verdad es que tenía un aire desenfadado y desenvuelto que chocaba en aquellas sociedades cortesanas tan circunspectas de formas como corrompidas por dentro. En Cristina se daba más bien lo contrario. Quien la juzgase por las exterioridades quizá creyese de buena fe las historias que a su cuenta corrían y los calificativos que le aplicaban. Por otra parte, ciertas actitudes de dureza extrema venían a acentuar con hechos reales, y desde otro ángulo, los rasgos demoníacos que la malignidad común le atribuía. Su proceder con el marqués Monaldesco, a quien había tomado gran cariño y recibió a su servicio, fué de una severidad despiadada y fría. Acusado de indiscreción por ciertas cartas que se le atribuían y en las que se trataba de Cristina, ésta ordenó que lo liquidaran a estocadas, casi en su presencia, sin que valieran súplicas. Otro episodio que retrata su temperamento cruel y violento en instantes de arrebato fué la provocación de que hizo objeto al pueblo de Hamburgo. Hallándose en esta ciudad, eminentemente luterana, tuvo noticia de la proclamación de un nuevo papa y quiso celebrarla con una ostentosa fiesta. Las autoridades de la ciudad le advirtieron de lo inoportuno de la idea y del peligro de irritar a las gentes. Mas ella, lejos de desistir, hizo provisión de armas y municiones en el palacio en que vivía. Los festejos consistieron en una misa de pontifical, con salvas de artillería, gran banquete e iluminación de la fachada con un rótulo alusivo al nuevo pontífice. Excitada, al cabo, la masa, por aquellas demostraciones, apedreó su residencia. Cristina mandó disparar y no pocos cayeros muertos o heridos.

El gran amor de su vida fué el cardenal Azzolino. Lo conoció al llegar por vez primera a Roma en 1655, cuando tenía ella veintinueve años. Hasta su muerte, en 1689, lo amará entrañablemente, con constancia ejemplar. Treinta y cuatro años de ininterrumpido y leal amor muestran que Cristina era, a pesar de todo, capaz de afectos profundos, duraderos. En Azzolino encontraba lo que a ella cabalmente faltaba: mesura, reflexión, ecuanimidad. Correspondía al tipo del cardenal diplomático; desde muy temprano había entrado en la diplomacia vaticana y estaba adornado de una extensa y amable cultura. Sintió la sueca pronta simpatía por el italiano porque coincidían en sus aficiones intelectuales y artísticas y, sobre todo, porque discrepaban en el modo de ser.

Era además Azzolino, cosa muy importante para Cristina, un hombre bello, de correctas y viriles facciones, mirada dulce y tranquila, labios sensuales y manos gordezuelas. Por recomendación del papa, se hizo cargo de la administración de la casa de la reina, en la que privaba el desbarajuste, y en breve tiempo puso coto al desorden y latrocinio de los criados. Cristina, neurótica y desquiciada, veía en el cardenal un seguro y grato sostén. Todo su orgullo e irascibilidad capitularon ante la superioridad que dan la ponderación y el equilibrio. Azzolino era el amo, dominaba con firme suavidad. La que no podía soportar yugos y decía odiar el matrimonio por la sumisión que entrañaba, se rinde aquí y humilla totalmente. Siéntese feliz siendo su esclava, y lo declara francamente. Yendo cierta vez camino de su patria, como hubiese de permanecer varios días en Hamburgo por el Carnaval, y se aburriese, el marqués del Monte, su mayordomo, organizó, para distraerla, una mascarada. El tema de esta mascarada era el palacio encantado de Armida, y en ella Cristina apareció en papel de esclava cargada de cadenas, con lo que se quería significar su servidumbre respecto a Azzolino.

Numerosas fueron las cartas que a éste escribió en los largos años de sus amores. Sólo se han conservado las correspondientes a dos de esos años, de 1666 a 1668, justamente las del aludido viaje por Alemania y Suecia. Estas cartas, descubiertas



Palco que Cristina hizo levantar en Roma el año 1656 para presenciar el Carnaval.

hace medio siglo, están cifradas y tratan de los más distintos temas, sobre todo políticos. Pero las frases de amor, las ternezas y exclamacionse pasionales brotan incontenibles a cada paso. En una de ellas, escrita desde Hamburgo por los días en que se disfrazaba de encaderada cautiva —tenía a la sazón cuarenta años y hacía diez que se conocían— hay unas palabras que hacen luz sobre la índole de estas relaciones. Dícele que no quiere ofender al cielo ni dar motivo a que él le ofenda, pero que esa resolución "no me impedirá amaros hasta la muerte". Y agrega: "puesto que la devoción os dispensa de ser mi amante, yo os dispenso de ser mi servidor, porque quiero vivir y morir siendo vuestra esclava". Aquí también semeja que el amor se hubiese detenido en los umbrales de lo carnal. Pero quizá por otros motivos. Adviértese un como aflojamiento en Cristina; renuncia, pero con pesar apenas disimulado, a que él sea su amante. No es por ella —por su indómita independencia— sino por él. Es ya una voz de mujer la que aquí suena.

Pasan los años, en Roma. Sueños y fiestas. Cristina envejece al lado de Azzolino. La iracundia, el capricho, la vanidad y el orgullo no han muerto en ella; apenas se han mitigado. Sólo ante él esas fallas desaparecen. Y sigue también con sus descabelladas ilusiones. Alguna de ellas —cosa extraña— la prohija e impulsa el cuerdo Azzolino.

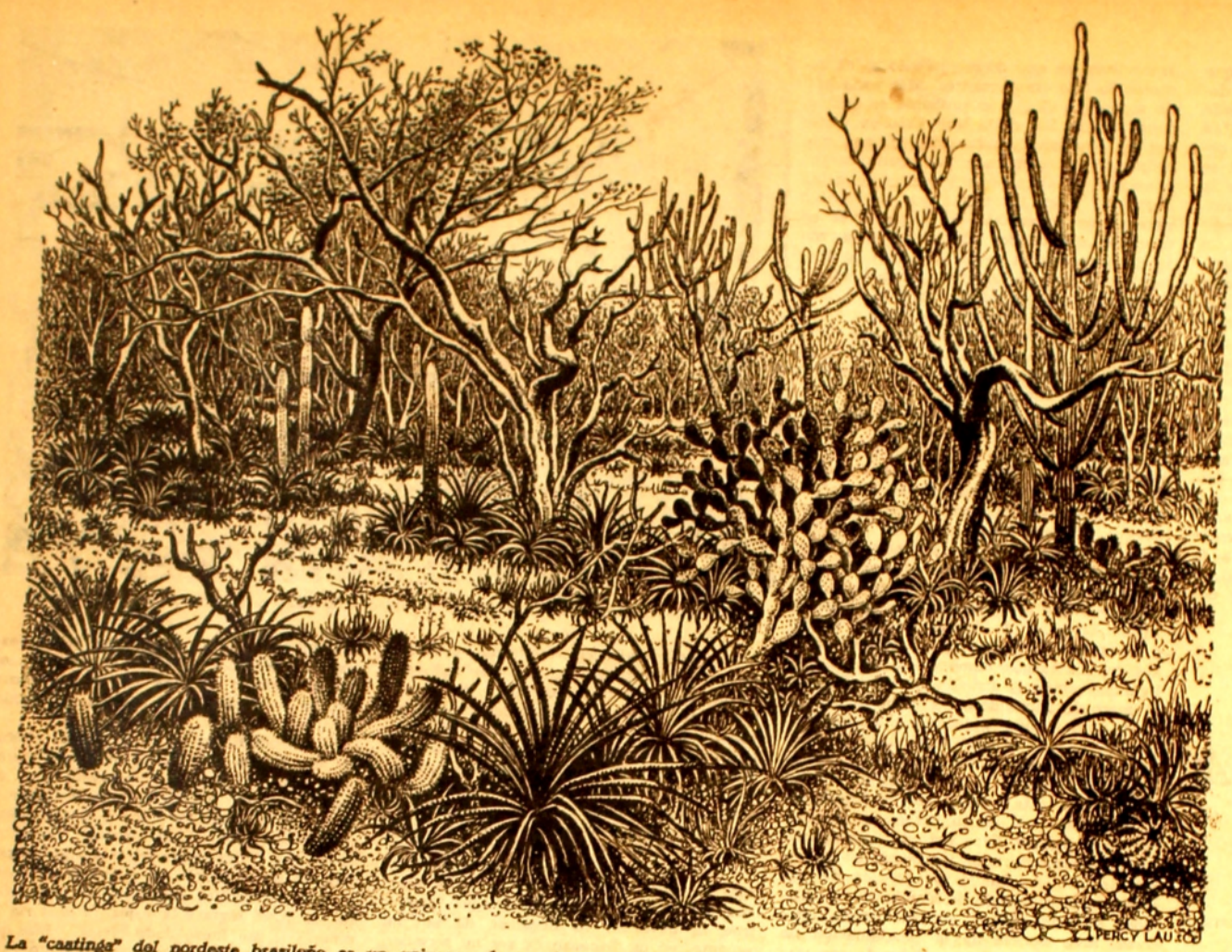
No se acostumbra a la vejez. Es ahora, en los últimos años de su vida, una viejecita gorda y pequeña, encorvada con el mentón velludo y partido, belfo colgante y gruesa nariz. Fea. Pero los ojos conservan su imperiosidad, fulminantes, acerados, cuando se detiene para mirar a alguno apojándose en su bastón de ébano. Ya no viste trajes varoniles sino amplias y simples faldas. ¡Qué ingrata la vejez! "Preferiría la muerte si me fuese dado elegir". Mas no hay remedio, resignémonos. "Espero, sin desearla ni temerla —decía— la muerte que se acerca".

Se acercaba. Una vidente le anuncia, por la Navidad, que con aquel traje de raso blanco y bordados de oro que vestía, la enterrarán. Azzolino reprende a la sibila; y ella le pronostica que no sobrevivirá mucho a la reina.

El amigo de tantos años —a quien ella dejó por su heredero— le cerraba los ojos una madrugada de abril de 1689. Y dos meses después también él moría.

Luis TOBIO.

Renato Descartes (retrato de Hals).



La "caatinga" del nordeste brasileño es un universo clausurado y temible donde la sed ha instalado su reino en medio de las espinas urticantes de un bosque retorcido por la historia y la desesperación. (Dibujo de Percy Lau).

HOMBRES Y PAISAJES DEL SERTA

I - LA EPOPEYA DE

EN los sertones del nordeste basileño se desarrolla uno de los más conmovedores capítulos de la antropología cultural de los pueblos ecuestres.

El caballista americano, que cruza con libérrimo impulso los llanos del Orinoco, la pampa argentina, la penillanura uruguaya o las *coxilhas* riograndenses, está representado en el nordeste del Brasil por un espécimen extraño, agonístico, cargado de hondo dramatismo, que es fruto de géneros de vida sujetos al dogal de una gea y de un clima rigurosos.

Hay, dentro de la común denominación de nordeste, dos regiones perfectamente caracterizadas en la geografía brasileña. Una es la costera, la agrícola, la abonada por el humus secular de la africana gente; la otra en la interior, la ganaderil, el escenario de la aventura vital y el padecimiento telúrico del *caboclo*.

En la región costanera el clima es tropical; en la interior el clima es desértico. Sobre los verdes abanicos del mar, en la Bahía de Todos los Santos, se despliegan la media luna melódica y laboral de la caña de azúcar, la plétora del alma mulata, el fetichismo negro del *Recôncavo;* en medio de las soledades calcinadas y feroces de las *caatingas*, prospera, o mejor dicho, vegeta, un pueblo exaltado por los delirios de la sed y torturado por el periódico fantasma de la sequía, que lanza a sus hijos ecuestres hacia los sertones, como catapultas de tenacidad y destino, para cumplir una epopeya que admira y sobrecoge, que entristece y entusiasma a un tiempo.

En el nordeste mediterráneo se contemplan, cara a cara, un cielo abrasador y el esqueleto del planeta. El antiguo macizo cristalino asoma en las *chapadas* como una sonrisa sin labios, como un hueso sin pulpa, como un carozo sin carne. En algunas regiones se sobreponen a esta desmudez desolada del fundamento azoico, estratos escalonados del mesozoico y del paleozoico, pero predomina, con abrumadora frecuencia, la osatura primigenia de nuestra apagada estrella.

Las rocas reciben en el verano, durante las largas horas del día, el apuñalamiento candente de los rayos solares, y por la noche, ya que no hay amortiguadores higrométricos, la caldeada superficie rupestre se enfría velozmente rajando y acuchillando las peñas, esta vez con los puñales del frío repentino.

Y al llegar las lluvias invernales, semejantes a veces a las de los primeros milenios de la creación, cuando aún la tierra era una roja y luciente avellana, entonces, en medio de columnas de vapor, las rocas entrechocan sus colmillos agudos, y entre los portalones de esa dentadura ruinosa saltan escupitajos de cuarzo hacia el cielo encendido por los rayos, y las hojas del feldespato al abrirse, muestran los secretos de un libro yermo y antiguo, la sabiduría de los genios de la injuria y la desmesura, las ilustraciones edáficas del encarnizamiento y la desesperación.

Sobre este horizonte geológico dispuesto orográficamente en *chapadas* y *taboleiros* escalonados desde el interior hacia la costa y excavados por el lecho de ríos que como el San Francisco siempre corren o por cauces intermitentes que rebosan con las lluvias y perecen con las sequías; sobre este mandil planetario que abarca más de medio millón de kilómetros cuadrados y que cubre partes de siete Estados del Brasil, se conjugan tres tipos de vegetación que representan las tres angustias sucesivas de la pasión nordestina: los *agrestes*, los *gerais* y las *caatingas*.

Los *agrestes* constituyen la empanada botánica que florece entre el lujuriante *mato* costero y la esterilidad afrentosa del *sertão*. Martius denominó a esta zona con el poético nombre de *Hamadryades* y ella participa de la envergadura de los umbrales de la selva con sus palmáceas de diez metros de altura y de la mezquindad de las *caatingas* con sus enanos tufos subxerófilos.

Estos parques brotados sobre [illegible] pedregoso y árido, cubiertos de [illegible] grandes flores amarillentas, en e[illegible] ejercían alguna influencia higromé[illegible] bre el aire ferozmente reseco, p[illegible] tras siglo fueron abatidos por l[illegible] indiscriminadas y hoy ocupan un [illegible] cho menor que la cubierta cuat[illegible] años atrás.

Los *gerais*, o *campos gerais*, al[illegible] tas cimas mesetiformes de las sier[illegible] a horcajadas entre los *agrestes* y [illegible] *tingas*, le dicen adiós a las zonas [illegible] con el muñón de sus pastizales ru[illegible] los plumeros de sus apretadas ma[illegible] con sus jopos hirsutos de *capim*.

Después de estos verdes mirador[illegible] de el humus tiende una delgadisima [illegible] bra y la humedad aun despliega [illegible] cos pañuelos, se encuentran las ci[illegible] inhospitalarias, el mundo cenicient[illegible] *caatinga*, el reino martirizado del s[illegible]

Los sertanejos le llaman al ai[illegible] seco al verde" porque esos son lo[illegible] mos de su *habitat* espinoso.

La *Sylva Horrida*, que así Martiu[illegible] minó a la *caatinga;* la *Selva Blanca* [illegible] resulta de su traducción, tiene segú[illegible] Hilaire "toda la melancolia de los [illegible] nos con un sol abrasador y los bo[illegible] del verano".

Sin embargo, durante los tres me[illegible] invierno, cuando éste es llovedor, l[illegible] raquítica y espinosa beneficiada p[illegible] aguas, se cubre con un manto de [illegible] profusos y sonrientes. Aparece, so[illegible] dura panoplia del suelo, una aso[illegible] rastrera de hierbas llamada *babuge* [illegible] rígidos troncos de la vegetación xeró[illegible] visten con las hojas de la alimenti[illegible] *ma*, tan codiciada por los animales y [illegible] bres del *sertão*, y por breves sema[illegible] *caatinga* resplandece con traje de fi[illegible] alegría de cantos.

Pero sobreviene después el veran[illegible] verano de 9, 15 o 20 meses, sin un[illegible] de agua, tremendamente cálido y ob[illegible] sádicamente doloroso y agobiador. L[illegible] ra entonces aparece como lo que e[illegible] alambrada de guerra, un inmóvil ce[illegible] tallos magros y espinosos, un bosque [illegible] do, retorcido, que más que alzarse [illegible] los *taboleiros* se aplasta sobre ello[illegible] paroxismos de histeria o resignación [illegible] tal de fakir. Los indígenas la llaman [illegible] *tanduva*, esto es, selva enferma, y [illegible] tienen en denominarla así.

Bajo este cielo luminoso y deslum[illegible] te que causa a veces una curiosa ce[illegible] nocturna, la hemerolapia; sobre esta t[illegible] de universo en derrota, avara y cru[illegible] circundada por candelabros de cact[illegible] arbustos ofensivos, ha prosperado, sin [illegible] bargo, una de las más singulares con[illegible] dades ecuestres: la de los *sertanejos*, l[illegible] los cruzados de la sed, la de los caba[illegible] del cuero.

La historia del *sertão* es tan peculi[illegible] apasionante como su geografía siniestr[illegible]

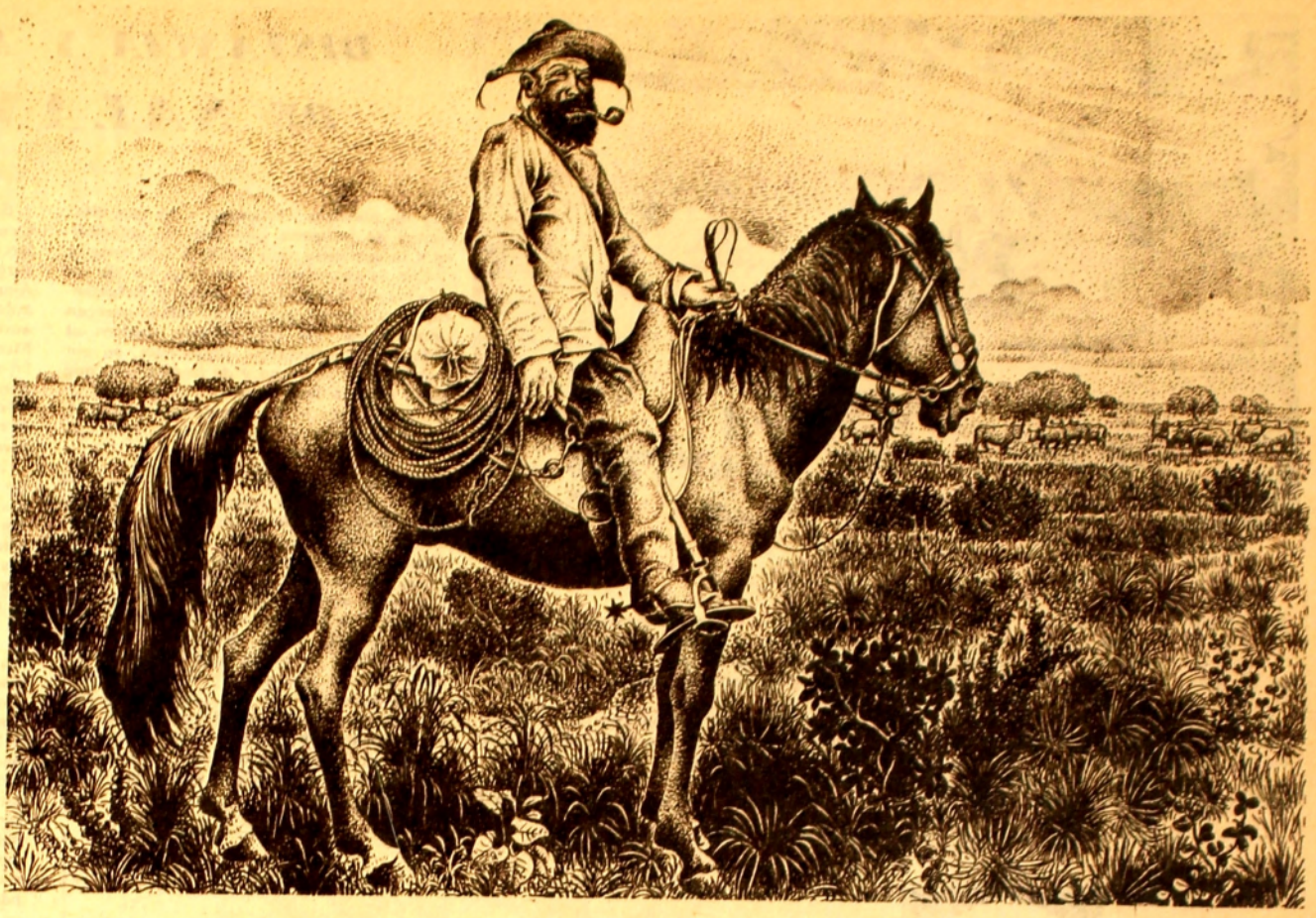
La formación política del Brasil [illegible] desbravamiento económico de su inte[illegible] se debe a los esfuerzos de dos núcleos [illegible] manos aposentados en regiones disti[illegible] los paulista *bandeirantes* y los *sertan*[illegible] —y no *sertanejos*— nordestinos. Los p[illegible] listas, al mezclar su sangre con el i[illegible] engendran el *mameluco*, y los *sertani*[illegible]

El "caballero del "sertão" enjaeza su jamelgo de pequeña alzada e inmenso corazón. El cónico sombrero de cuero, la capa de cuero ribeteada y los guantes de cuero de venado le confieren singular exotismo.

El ganado nordestino está conformado para hacer largas caminatas en busca de agua o alimentos, tiene duros cascos templados por el suelo silicoso y corambre espesa para protegerse de las espinas crueles.

El ganado manso es [illegible] mento hecho [illegible]

VAQUERO



Montado en su incansable "quartau", el vaqueiro está pronto para iniciar su épica faena. Véase como va totalmente defendido por una armadura de cuero. (Dibujo de Percy Lau).

ginan el *caboclo*. Tal es el itinerario ico de dos mezclas raciales, pero el de- tero cartográfico nos muestra las nave- iones posteriores de estos mestizos au- ces a lo largo del San Francisco, el río la unidad nacional. Los paulistas bajan s aguas y los sertanistas las remontan. encuentran así en el medio San Fran- co, la futura zona ganadera por exce- acia, cruzando sus caminos y sus volun- des. Pero el paulista es móvil por idio- acrasia y codicia, mientras el sertanista es por necesidad. El paulista descubre, quea y pasa; el sertanista descubre, ocu- y queda.

Descendientes del antiguo sertanista son *sertanejos* actuales en su doble tipolo- a: la laboral y la insurgente. De la cepa boral emergen el *vaqueiro* y sus variedades; de la insurgente, el *cangaçeiro* y su cuela de bandolerismo.

El *vaqueiro* es, antropológicamente, un oducto biétnico, cruza de blanco e indio, económicamente, un escalón intermedio atre el *fazendeiro* y el peón. Poca sangre egra hay en el *sertão* aunque de tarde en rde se ven magníficos jinetes de ébano, omo mi amigo João *"pau de fumo"* que e ofreció su *cachaça* y me prestó su ca- allo en un tórrido mediodía de febrero.

La ganadería fué ejercida desde tempra- n por hombres blancos que hicieron volar u genésico polen aventurero sobre la siti- unda flor indígena. Por eso el tipo emer- ente fué el *caboclo* (de *cac-boc*, salido de a selva), medianero entre el recolector *apuya* aborigen y el *labrego*, *chumbeiro* o *nondrongo*, que así se le llamó despecti- amente al portugués.

El *vaqueiro*, fuera de constituir un tipo tnico y una reserva espiritual del brasile- ismo terruñero, también configura, o con- iguraba, un tipo económico especial. Con- rariamente al *fazendeiro* sudista, el nord- stino no vive en sus posesiones. Reside n la ciudad y son los *vaqueiros* quienes tienden sus establecimientos. No puede esistir el terrateniente los avatares de es- lima, ni la monotonía cáustica de esos paisajes, ni el peso de los trabajos que impone la pecuaria sertaneja. Pero sabe que sus caboclos honrados y sufridos harán a conciencia la labor y los colocan en sus fundos como *vaqueiros*.

Hasta hace poco tiempo, y la costumbre subsiste todavía en muchos lugares, el *vaqueiro* se contentaba con la *partilha*, operada por medio de la *quartiacão*.

La *partilha* consiste en esto: de cada cuatro vacunos que nacen, tres son marcados con el hierro del patrón y el cuarto con el del *vaqueiro*. La *quarticão* es el procedimiento de sorteo por el cual se opera la *partilha*. En cuatro papelitos se escriben los nombres de las cuatro vacas madres de las crías en juego. Retirado uno, el nombre correspondiente indica al *vaqueiro* con qué ternero se debe quedar.

Actualmente este primitivo método retributivo va siendo sustituído por el salario mensual. Y el *vaqueiro*, tan orgulloso de su condición secular, vuelve a ser nada más que un peón.

La ganadería del *sertão* tiene, necesariamente, un carácter bárbaro, azaroso y de ilimitada rusticidad.

El ganado utilizado es el criollo, de pe *duro*; de finas y altas patas, aptas para las peregrinaciones en busca del *capim* alimenticio o del agua codiciada; de cuero espeso para desafiar los aguijones botánicos del cactario circundante; de peso reducido para exponer poca superficie al sol asesino y deambular ágilmente en un escenario afrentoso y tremebundo.

Cada animal vacuno necesita de tres a seis hectáreas para su mantención; súmese a esto la ausencia de madera y la necesidad de emigrar en época de sequía y se comprenderá por qué en el *sertão* no hay cercas de ninguna clase.

El ganado *de corte* se pierde, pues, en las soledades espinosas del *sertão*, y el ganado *de cría*, el manso, pace en los alrededores de la fazenda, haciendo sonar cencerros o *chocalhos* para que el *vaqueiro* lo descubra, o concurriendo de por sí a los corrales al sonido del *berrante*, un instrumento de aire fabricado con el cuerno de un toro.

El *vaqueiro*, para actuar en este paisaje agresivo, va vestido de cuero de pies a cabeza. Sombrero pequeño y cónico de cuero, pechera y saco de cuero, zamarros de cuero, guantes y guarda pies de cuero. Su caballo esmirriado e infatigable, también es provisto de un pectoral, de rodilleras y de testera de cuero. Así cubiertos, ambos están armados con su traje de batalla, prontos para afrontar las púas de la vegetación xerófila.

La parada de rodeo, luego de vaciar las *caatingas* de animales alzados, es una tarea sombríamente heroica.

Toda *vaquejada* tiene visos de epopeya y drama. Cuando una res "entra en el despotismo", esto es, cuando huye del *vaquero*, reacia a encamirarse al sitio de la yerra, caballo y jinete, formando una sola masa de color herrumbre se disparan como un proyectil *caatinga* adentro. Y lo aterrador es que parte en línea recta, sin esquivar las cactáceas crueles. Diez, veinte veces al cabo del día repite el *vaqueiro* esta operación, enhorquetado en su *quartau* valeroso, de secos remos, pequeña alzada y cabeza enorme, pero de inmenso corazón y notable resistencia.

Son famosas y temibles las *pegadas* de las tropas nordestinas. La *pegada* es la estampida general, la disparada solidaria del ganado *sertão* adentro. Para juntar nuevamente ese turbión de nervios, guampas, pezuñas y pavor zoológico se necesitan condiciones algo más que humanas. Porque se trata de contener una ola oscura y mugiente no en llanuras abiertas como las del Apure o del Río de la Plata, sino en un anfiteatro de piedras agudas, de troncos que esgrimen puñales, de cirios defendidos por clavos urticantes y bajo un sol rojo, satánico, sañudo, alucinante, bajo un sol que consume la carne y raja las peñas, que hunde sus raíces de plomo derretido en los cuerpos que sudan cubiertos por los carapachos de cuero y que clava sus uñas de oro en los cerebros, y en los ojos, y en los tuétanos del sufrido jinete sertanero.

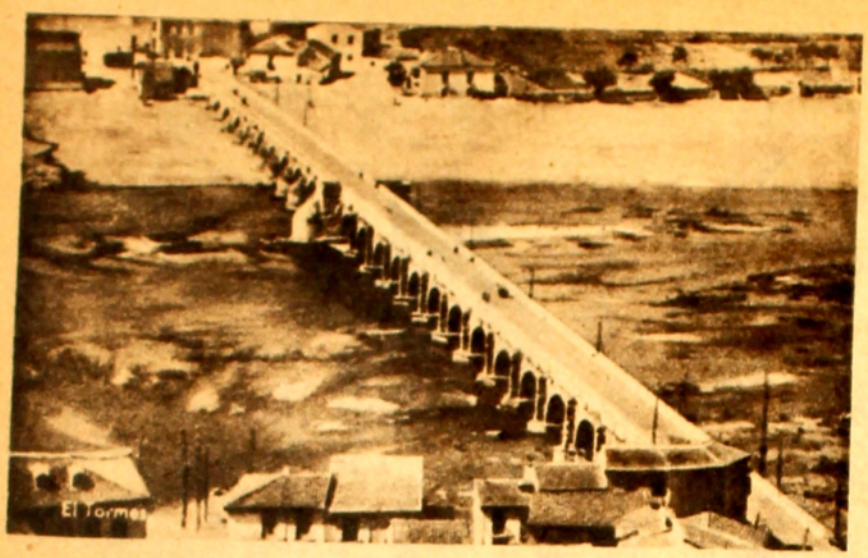
Pero con esto no hemos narrado ni la mitad de los padecimientos de esta criatura denodada. En la próxima nota la veremos agigantarse al cumplir la lucha contra la seouía, el flagelo secular del nordeste. . . entonces sí, asistiremos a uno de los más estremecedores dramas telúricos de nuestra América.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).

o desde la "fazenda" con el "berrante", un instru- una guampa que imita el mugido vacuno.

Poca sangre negra hay en el "sertao". Pero de pronto se ven tan espléndidos ejemplares antropológicos como este altivo "pau de fumo". (Foto P. Verger).



DISTANCIA Y ACTUALIDAD DE SALAMANCA

A los setecientos años de la fundación de la Universidad de Salamanca y para celebrar tal efemérides, se desarrollarán en la ciudad del Tormes y de las catedrales fundidas, unas Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericanas, para las cuales se ha propuesto desde un enjuiciamiento de la influencia de las letras coloniales en la posterior evolución de las respectivas literaturas nacionales, hasta el hecho literario en la independencia y el romanticismo; el premodernismo y el modernismo; la novela indigenista y la poesía actual, y las corrientes novelísticas contemporáneas.

Nuevo ligamen español con los países de su origen el que se trata de estabonar, por medio de tan fecundos estudios que refiriéndose a las fuentes comunes esclarezcan también lo que de original y propio hay en nuestras literaturas y lo que ellas tienen de indígena, que toca no solamente a la sustancia sino también a la lengua.

Con la oportunidad del viaje de los invitados de América a la doctoral Salamanca, a la ciudad por cuyas calles parecen decurrir aún los togados más ilustres al lado de los estudiantes propíncuos, en ese concierto de lo tierno y de la madurez, que basta para definir lo entero de la vida, se abrirá el espacio para renovadas consideraciones acerca de la distancia y la actualidad de Salamanca.

Porque las ciudades de siglos, y más aún si se trata de aquellas que, como la salmantina, son de veras historiadas, han de ser vistas en la doble proporción de su distancia y de su presente. De tal modo, quien se acerque a las orillas del Tormes o penetre más bien hacia los encinares de la quinta de La Flecha, tendrá que pensar en el paisaje de la descansada vida de Fray Luis, o en buscándose los ya hipotéticos vestigios del molino de Tejares, dará con la remembranza del Lazarillo de Tormes que nació allí, casi dentro del río, para estudiar también en el humanísimo libro de la vida picaresca, en donde la experiencia alcanza su levadura entre suspiro y sonrisa.

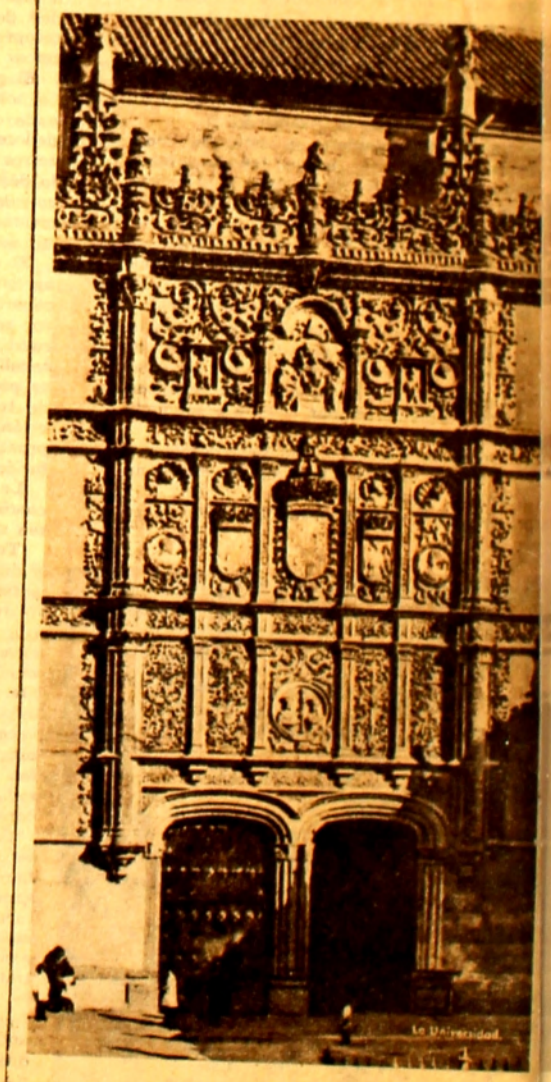
Estudiantes, asimismo, de esa letra de forzados oficios que con tal real alegría y lección como grabada en carne propia, llevaron a sus novelas, son el sevillano Mateo Alemán y Vicente Espinel, visitantes de las aulas de Salamanca. Por allí se hace el aprendizaje del poeta dantesco Juan de Mena y de Juan del Encina, precursor de la escena española, así como el del bachiller Fernando de Rojas, el creador de las criaturas más tragicómicas; del benévolo Fray Bartolomé de las Casas y de Góngora, el bisabuelo de los poetas modernos.

Imposible eludir los recuerdos de aquella ciudad de tanta memoria, cuyas piedras, como el oro de buena ley, van endureciéndose y aplacando su fuego, en un estado de otoñal perseverancia, mientras sus cúpulas se recortan en una atmósfera leve. Así tendríamos que marchar desde el ayer de Luis de León, hasta la víspera de Miguel de Unamuno, el vasco que quiso vivir en Salamanca, porque allí no había nada que pudiera turbar los sueños iniciados en su cuna de Bilbao y hechos como de una inmortal reciedumbre en su cama de Salamanca.

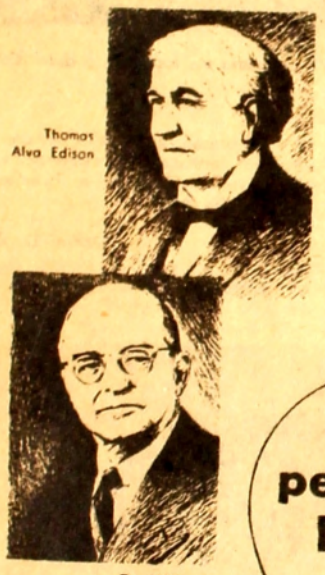
Y puesto que la distancia salmantina, para durar y renovarse, es siempre de estudiantes, señalo también su actualidad, su presencia de hoy, de la que no es posible separar a esos hombres del pensamiento y del libro que siguen entre nosotros íntimamente porque logran acariciarnos, ya fuese con la Oda al músico Salinas o con los párrafos agonistas del Sentimiento Trágico de la Vida, desde los cuales D. Miguel continúa hablando.

Quisiéramos volver, para otra visita menos breve, a la ciudad en donde Churriguera retorció su estilo y en cuyas calles alcanzó corporeidad el sueño fantasmal de Espronceda, para mirar al Tormes "cristalino" y sus riberas del paisaje en donde los tres amigos del agustino poeta entretejieron su alto diálogo sobre Los Nombres de Cristo.

Pero, de no poder cumplir con viaje tan



La filigrana renacentista de la Universidad de Salamanca.


Thomas Alva Edison

Dr. Willis R Whitney

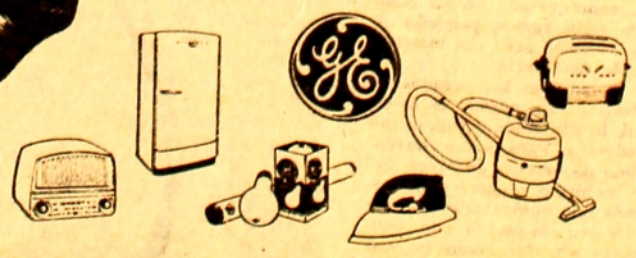
Algunos de los hombres de ciencia de los laboratorios de investigación de General Electric que contribuyeron al perfeccionamiento de la lámpara incandescente

Dr. W. D. Coolidge

Dr. Irving Langmuir

Esta pequeña lamparita... costó años de investigación y trabajo.

Esa pequeña lamparita que nos ayuda alumbrándonos en la calle, en el trabajo o en nuestro propio hogar, es producto de largos y tenaces esfuerzos de los hombres de ciencia de General Electric. De la misma manera, todos los adelantos en el campo de la electricidad dependen del esfuerzo de muchos. Así, pues, los laboratorios de investigación de General Electric, con su ininterrumpida labor en pro de una constante superación, trabajan intensamente para brindar al hombre más confort, más bienestar y más seguridad a menor costo. Con esta misma guía y este mismo lema, la fábrica de General Electric, S. A., en el Uruguay, utilizando la experiencia de General Electric en todo el mundo, trabaja y se esfuerza para brindar al pueblo uruguayo una vida más cómoda y placentera.



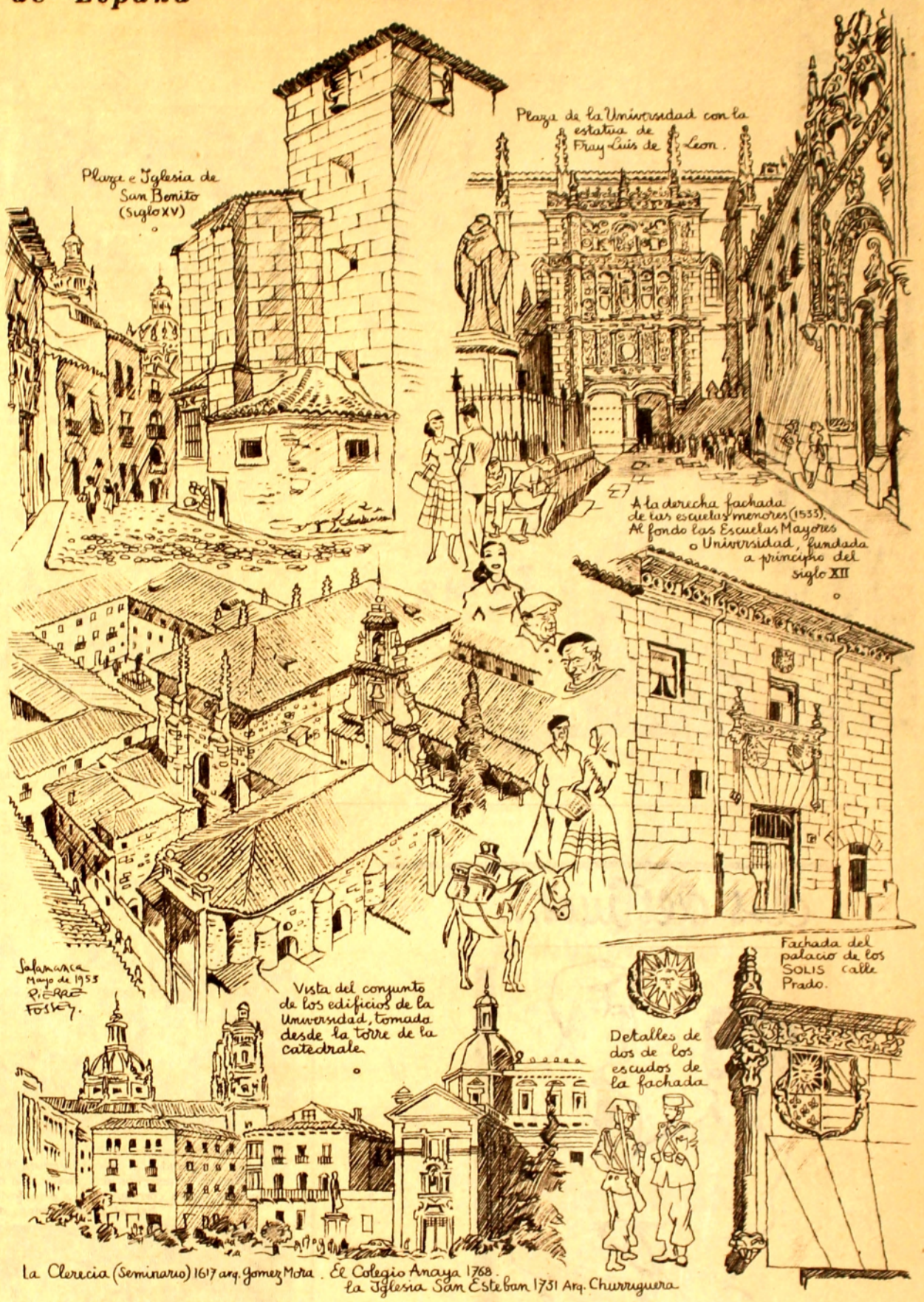
Ud. puede confiar en **GENERAL ELECTRIC. S. A.**

Exposición y Ventas: 18 DE JULIO 1830 Teléfono: 40-01-41/45 • Administración y Ventas por Mayor: DEFENSA 1926 - MONTEVIDEO

Impresiones de España

APUNTES DEL NATURAL DE PIERRE FOSSEY

SALAMANCA



grato, tratemos de buscar, una vez más, su fisonomía, abriendo un libro breve y gustoso, el ensayo de D. Pedro Antonio de Alarcón, pictórico y subjetivo al propio tiempo, en el que nos cuenta sus impresiones de un viaje a la ciudad de los estudiantes y los doctores.

"Aquella era, sí —apunta al mirarla desde su ventanillo de coche—, la muy noble y muy leal matrona, con sus rotas murallas; con su centenar de torres y cúpulas, que en línea horizontal se dibujan en el cielo; con sus amplios edificios de dorada piedra que reververaban al sol, y precedida de una verde arboleda que parecía servirla de zócalo o de alfombra!"

El escritor y novelista español coincide con cuantos vieron a Salamanca ni sombría ni taciturna, ni con aquel prieto color de Castilla, si no más bien como a una población alegre, llena de luz, "de hermoso cielo, de libre y puro ambiente, y digna de albergar a los que suelen ser llamados en Valladolid y Burgos, los "andaluces de Castilla" o sea a los salmantinos.

El también, para el día de su viaje, alguno de anteayer, si pensamos en la edad de Salamanca y en su profusa y aligerada sabiduría, quiso detenerse en su distancia y en su actualidad. Por eso meditó frente a la recargada arquitectura del salmantino Churriguera, y refiriéndose al anhelo de buscar marcos dorados y muebles de barroco, pues que cada cual tiene su gusto, concluyó en que había que absolver a los Churrigueras y sus discípulos, si no como doctrina y arte, como hecho consumado y dato histórico, pero a condición de que no vuelvan...

Y pasando por sus calles y sus callejas, por sus iglesias y sus plazas (difícil no dar algunas horas para el repaso por la Plaza Mayor, que suele retenernos en intimidad y cobijarnos con sus soportales), llega, por fin, para el mayor de sus altos, para las más extensas de sus anotaciones, a la Universidad, que "más que un edificio" parece "un barrio" de Salamanca.

"Pálido y débil —dice Alarcón— comparado con la realidad, será siempre cuanto se diga en elogio de la bellísima fachada del Capitolio de la sabiduría. Hállase labrada en el más primoroso y delicado estilo del Renacimiento, y parece una enorme filigrana calada en piedra por los plateros de la calle de la Rúa, parece un trabajo chino de marfil, parece la mística puerta de algún lugar santo. Benvenuto Cellini se hubiera enorgullecido de cincelar en oro una creación semejante. Los árabes que bordaron la Alhambra habrían declarado también que sus mejores templetes y camarines no excedían en finura, suntuosidad e idealismo, a tal maravilla del arte cristiano. Gloria de los Reyes Católicos es aquella página de piedra, y así lo pregonan los bustos de Fernando e Isabel, que ocupan un gran medallón sobre la puerta principal; así lo confirma el venerable escudo de sus armas, y así lo reza terminantemente una leyenda o rótulo que dice en griego: "Los reyes a la Universidad y la Universidad a los reyes".

Así describe, con una palabra que se vuelve frecuentemente plástica. Va por sus patios, por sus corredores, por sus aulas; gusta de que no se hubiesen borrado los letreros de los eternos estudiantes, así como los "tradicionales" vítores en abreviatura, escritos con motivo de reñidas oposiciones.

Se queda, naturalmente, en el aula en la cual Fray Luis, de regreso de sus procesos por la libre traducción —¡y qué rica!— del Cantar de los Cantares, reanudaba sus explicaciones con la consagrada frase: "Como decíamos ayer...". O busca asiento bajo su estatua, para ver cómo va corriendo la mansa vida de la poesía y de la gloria humilde, si de la del autor de "La Perfecta Casada" se trata.

¡Cómo olvidar los nombres de insignes maestros, así como de los estudiantes destinados a tan alto rango! Alarcón los escribe, sin el orden cronológico, que no hace falta. Pensando en ellos, nos afirmamos en nuestra tesis acerca de la distancia y actualidad de Salamanca: Nebrija, Melchor Cano, el Brocense, Covarrubias, tales algunos de los maestros. Allí fueron aprendices santos como Tomás de Villanueva, Toribio de Mogrovejo, San Juan de la Cruz. Estudiantes como el cardenal Jiménez de Cisneros, Diego Hurtado de Mendoza, Ambrosio de Morales, el sabio Arias Montano; escritor tan grande como Cervantes; poetas como Villegas, Meléndez Valdés, Jovellanos, Cienfuegos, Quintana. Hasta Hernán Cortés fué un estudiante de Salamanca.

Salamanca no es solamente concreción y centro del pensar y del saber, sino que en torno de su Universidad ha podido crecer y contenerse y ha encontrado tanto expansión como permanencia.

"La Universidad ha sido, moral y materialmente, el alma y la vida de Salamanca. La fuente de su grandeza y de su renombre, la ocasión y origen de casi todos sus mejores monumentos. Si hubo allí los famosos Colegios Mayores, llamados del Arzobispo, de San Bartolomé (el viejo), de Oviedo y de Cuenca; si fundaron otros cuatro colegios las Ordenes Militares y contáronse además infinidad de Colegios Menores, de Seminarios, de Escuelas, etcétera; si todas las órdenes monásticas erigieron suntuosos conventos; si los jesuitas levantaron allí su mejor casa, y si fué la ciudad del Tormes mansión predilecta de reyes y magnates, que la embellecieron con multitud de palacios y de iglesias, todo se debió a aquel foco permanente de sabiduría, a aquel emporio de la enseñanza, a donde iban a estudiar por millares (y muchas veces acompañados de sus familias), los jóvenes más ricos y nobles de toda España. Cuando Toledo y Segovia, y Burgos y Valladolid, y todas las ciudades españolas decaían, esto es, cuando se hubo entronizado en nuestro suelo la calamitosa dinastía austríaca, Salamanca se libró, por excepción y privilegio, de aquella postración general, que muy luego rayó en indescriptible miseria; y este privilegio y esta excepción fueron también debidos a la perdurable boga de su Universidad, al respeto que infundía, al constante atractivo que ejerció sobre reyes, prelados, sabios y hasta santos, obligándoles a ir a rendirle pleito homenaje y a enriquecerla más y más con nuevas fundaciones."

Tal la distancia y la actualidad de Salamanca, en lo que va desde los arcos romanos de su puente sobre el Tormes y desde su gramático Nebrija, profesor de sus aulas, hasta la viril tormenta de don Miguel de Unamuno, y desde los estudiantes picarescos hasta los escritores de América que viajarán para enlazar su clásica distancia con la actualidad de sus conversaciones sobre las letras de aquí.

He allí la edad de su piedra llamada "franca", que es "blanda al principio como la cera", pero que "el tiempo la pone tan dura como el bronce y le da un hermosísimo color de oro". No de otro modo se hace la misma resistencia de la vida, la propia formación del hombre que de veras se forma, y la contextura del estudiante que ha de ser al comienzo como de maleable cera, fácil y dúctil para recoger y retener, y que ya cuajado es como si adquiriera consistencia, y a veces, como varios de los que estudiaron en Salamanca, la riqueza noble y brillante del oro.

Augusto ARIAS.

Quito, mayo de 1953. — (Especial para EL DIA).

dos destinos...

Amalgamando LANA y NYLON, los nuevos SWEATERS COUNTRY CLUB, logran que sus tejidos posean la suavidad de la lana y la duración del nylon.

La mujer y el hombre modernos, podrán dar a estos sweaters dos codiciados destinos: Confort de suave abrigo. Auténtica elegancia y distinción.

Los SWEATERS COUNTRY CLUB están escasos, pero si Vd. pone empeño en conseguirlos, las buenas tiendas los tienen.

Country Club SWEATERS

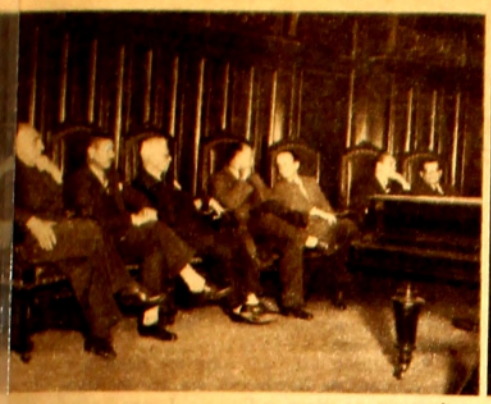
INFORMACION LOCAL

La señora presidenta de la Asociación C. Femenina, Maruja G. de Vázquez Foladori, rodeada por varias de las socias fundadoras.

Integrantes del "Club Norte" (grupo juvenil) escuchando una selección de música clásica, actividad que la A. C. F. realiza en sus distintos grupos.

La A. C. F. festejó su 32º aniversario de su fundación con un programa social y cultural, ejecutando la precoz pianista Emita Morales Lavagna un selecto programa, cerrándose el acto con una disertación de Mme. Lucille de Golfre. Las notas gráficas de esta página corresponden a este festival. Una de las clases de Gimnasia que realiza el Departamento de Salud y Educación Física.

Aspecto del público asistente al acto realizado en el Centro Unión Cosmopolita, de la ciudad de Colonia, a efectos de dar por oficialmente iniciadas las actividades de los dispensarios móviles de la Lucha Antituberculosa.



La "Asociación Argentina de Mayo", entidad que agrupa a los exilados argentinos, realizó en el Ateneo de Montevideo un acto pro-libertad de los presos civiles y militares, y en protesta de la reiterada violación de los derechos humanos.

Grupo de los pequeños asistentes a la Biblioteca Municipal Infantil, "María Stagnero de Munar", para niños de 3 a 6 años de edad en cursos "recreativos educativos", acompañados de profesoras y familiares.

Integrantes de la delegación formada por autoridades municipales, y periodistas de la ciudad de Rivera y Santa Ana de Livramento, veridos a Montevideo para propiciar la intensificación del turismo nacional hacia esa bella región fronteriza.

Banquete realizado por el "Centro Viajantes del Uruguay" festejando el 47º aniversario de la fecha de su fundación.

No ahogue la frescura de su cutis bajo una capa de células muertas!

La piel del rostro se renueva constantemente. Cada día células nuevas, frescas, se forman y suben a la superficie. Y las células muertas, viejas, son desalojadas hacia las capas exteriores de la piel. Pero algunas pieles son muy lentas para eliminar esas células muertas y entonces el cutis se vuelve opaco, sin vida y aparecen los temidos puntos negros. Ahora Pond's le ofrece un método fácil, rápido, que acelera la eliminación de la piel muerta: la Máscara "1 Minuto" de Crema Pond's "V".

Maravilloso resultado ¡en 1 minuto!

Extienda sobre el rostro una abundante —y refrescante— capa de Crema Pond's "V" dejando libre los ojos. Déjela durante "1 Minuto". La acción queratolítica de esta crema disuelve y elimina las células muertas adheridas. Ahora —justo después de 1 minuto— quite la crema. Verá qué deliciosamente estimulada y fresca siente su cara. ¡Embellecida!

El envase gigante es más económico.

Un perfume para cada gusto

en el talco de más calidad

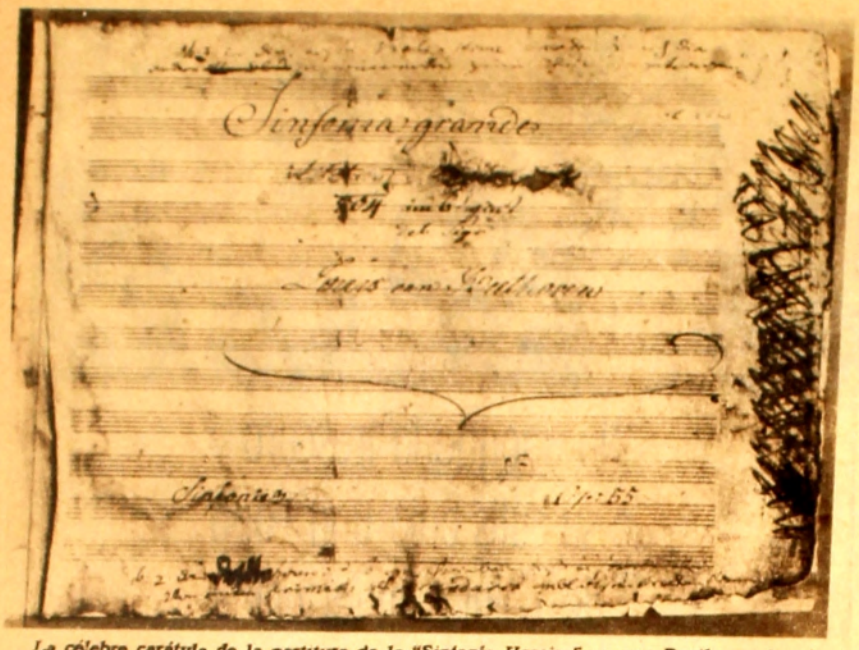
Solo cuesta $ 1.65

Talco Williams

Más suave *... tamizado en seda.*

Más fino *... perfumado con esencia de flores.*

Más fresco *... elaborado con ingredientes purísimos.*



La célebre carátula de la partitura de la "Sinfonía Heroica" en que Beethoven borró la dedicatoria a Napoleón.

LIBRAS ESTERLINAS
REGALA
Chocolate MENIER
Para escuchas y participantes en el
VEO-VEO DEL AIRE
TODOS LOS JUEVES A LAS 21 y 30 hs.
INDIQUE AL DORSO DE UNA ETIQUETA DE
"CHOCOLATE MENIER"
El nombre de un objeto cualquiera. Envíela a RADIO CARVE, Mercedes 973 y escriba claro su nombre y dirección.
CHOCOLATE MENIER
IMPERIO LTDA.

POR LA SENDA DE BEETHOVEN

ESTE año mi camino me condujo, siguiendo la ruta del Rin, hacia la nueva capital de Alemania. Frente al bello río que ahora está despertando de su letargo invernal, en los primeros rayos del sol de fines de marzo, se halla el majestuoso edificio del "Bundestag", el Parlamento de Alemania occidental. Es un edificio modernísimo, sencillo pero impresionante; su único adorno, las grandes banderas: negro, colorado, amarillo, los colores de la nueva Alemania. Son colores históricos, sin embargo, que tienen su raíz en la lucha contra el absolutismo del siglo pasado. Y han sido los colores de la República de Weimar. (No se sabe en la Alemania actual si es oportuno evocar este recuerdo: los derechas la siguen odiando y los izquierdas hacen otro tanto por haberse mostrado tan débil con Hitler...). Pero no es éste un artículo político que quiero escribir para mis amigos de Montevideo y del Uruguay, acostumbrados a leer mis palabras sobre temas culturales y de música, ante todo...

Sin embargo, ¡qué difícil es a veces separar la cultura de la política! Volveré sobre esto. Al entrar en Bonn y después de haber pasado con el auto por este centro de las actividades políticas sobre la orilla del "padre Rin", como los alemanes gustan llamar a "su" río, mi primer recuerdo es para el más ilustre hijo de la ciudad. Conozco el camino hacia la casa, que se halla en la parte vieja de la urbe. En medio de algunas ruinas y circundada en este momento por andamios, está la antigua casa, en cuya puerta un simple letrero anuncia que allí nació Beethoven. Y el horario de visitas.

Entro. Hay unas quince o veinte personas mirando vidrieras, donde se exponen documentos, algunos manuscritos, recuerdos de Beethoven. Instrumentos que tocaba, cuadros que muestran escenas musicales y sociales de su tiempo. Un cuarto de bajo techo y que apenas excede de tres por tres metros, es aquel donde naciera un día invernal, el 16 de diciembre de 1770, el titán que treinta años más tarde iba a emprender la revolución musical.

Miro largamente la habitación humilde; sus paredes encerraron una escena como a toda hora ocurre en todas partes del mundo. Nace un niño ¿Qué será de él? Así se habrán preguntado quizá también el mediocre tenor Van Beethoven, a lo mejor algo menos ebrio que de costumbre aquel día, y la humilde mujer que el niño adoraba los cortos años que la tuvo a su lado... Miro a través de la ventana del cuarto. Es un segundo piso. Abajo, un tranquilo rincón de jardín. Quizá había plantas allí, flores, mientras el muchacho jugaba sus primeros juegos.

Tres habitaciones, una escalera de caracol. Esto fué la casa de los Beethoven. No lejos del teatro, en la corte. Bonn tenía una corte que sostuvo varias actividades musicales. Allí encontró su pan el padre y allí mismo lo iba a encontrar el hijo. Pero el destino lo quiso de otra manera. Desencadenó allende el Rin una tormenta que hundió reinos y una sociedad decadente. Beethoven, apenas adolescente, oía los ecos de aquellos acontecimientos que hicieron temblar al mundo. Su joven corazón se inflamó. ¡Qué lemas! "Libertad, igualdad, fraternidad", los derechos del hombre...

Bonn yacía tranquila. En su historia secular habían pasado muchas tempestades Pero en el corazón de Beethoven esta fué la primera. Y no se borró más en todo la vida.

Diecisiete años vivía Beethoven aquí en esta casa. Luego, el viaje nunca lo suficientemente aclarado a Viena. Parece que tocó ante Mozart. Pero la madre se hallaba enferma. Llamaron al hijo, quien de inmediato inició el largo viaje de regreso. Llegó tarde. Le faltó, al entrar, lo más querido que la casa tuvo para él. Y tuvo que hacerse cargo de la familia, porque el padre cada día estaba menos en condiciones de hacerlo. ¡Cuántas discusiones violentas, cuántas escenas desagradables habrán visto estas paredes!

Luego el día —uno de ellos que mi amigo Stefan Zweig llamaba "estelares"— en que Haydn pasó por Bonn. Conoce al joven de apenas 22 años, tímido, retraído. Al lado del ilustre músico se halla el embajador de Austria, el conde de Waldstein Ha venido desde la vecina Colonia y recoge las palabras que Haydn pronuncia sobre Beethoven. Es él quien halla los medios para realizar el sueño del joven: escapar a esta prisión —prisión de tareas mediocres y prisión familiar—, tender las alas para el gran vuelo. En 1792, Beethoven viaja a Viena.

Es curioso; este mi viaje me lleva por los caminos de Beethoven, sin que lo haya premeditado. Bonn y Colonia. Luego la ruta del Rin, Alemania del Sur, Baviera. Y luego Austria. Viena, que fué la segunda, la verdadera patria de Beethoven. (No siempre la primera ha de ser necesariamente la verdadera). Paso por Maguncia. Veo allí, en la antiquísima editorial de música, cartas y manuscritos de Beethoven, como reliquias en la sala patricia de la casa. Y veo en Viena recuerdos sobre recuerdos de aquel quien en 1815 fué nombrado "ciudadano honorario". Numerosas viviendas —las cambiaba no sólo con las estaciones eligiendo para el verano moradas cerca del bosque de Viena, sino también cuando hubo la más mínima molestia en la vecindad, un niño que gritaba, mujeres que discutían, un herrero que golpeaba...— sus paseos favoritos, salones de conciertos donde su música fué estrenada, palacios donde acudía como invitado especial, mimado por la más alta sociedad. Y finalmente, la tumba.

Desde allí donde se levanta hoy el "Bundestag" de Bonn, se vieron en aquel entonces las llamas que iluminaron con su resplandor un mundo nuevo. Desde Francia vino la gran nueva. ¿Pero era una nueva para todos los hombres capaces de sentirla? ¿Quién la sintió más profundamente que Beethoven? ¿Quién le dió expresión más entusiasta que él? La difundió en la Viena imperial. Era cual embajador de la libertad y del amor fraternal entre todos los hombres. Y ante él se inclinaron los grandes de la tierra porque su mensaje fué extraterrenal y eterno.

En Bonn y en Viena me reciben los altos dignatarios de gobierno. Se esfuerzan hablándome de música. Y se asombran cuando les digo que sólo deberían cumplir el testamento de Beethoven: Libertad y amor fraternal entre todos los hombres de la tierra...

Kurt PAHLEN.

(Especial para EL DIA).

Monumento a Beethoven, en Viena.

Tarzan®
por EDGAR RICE BURROUGHS
MOLESTOS POR EL ENERVANTE CALOR DE LA SELVA, ALGUNOS MIEMBROS DE UNA COMPAÑÍA CINEMATOGRÁFICA ESTABAN CONVERSANDO...
Y UNA HERMOSA FIGURA FAMILIAR HIZO AUMENTAR LA TENSIÓN NERVIOSA CUANDO APARECIÓ...
"¿QUE SIGNIFICA TODO ESTE RUIDO?" INTERRUMPIÓ EL PROTAGONISTA. "CONMIGO COMO ASTRO PODEMOS SACAR LAS TOMAS AQUÍ MISMO... HARÉ QUE LAS VISTAS PAREZCAN AUTÉNTICAS."
"ESE NO ES EL ASUNTO, GALÁN," EXCLAMÓ CLARK. "EL HECHO ES QUE ESTAMOS..." "PERDIDOS," AGREGÓ HANK CON CALMA.
LA CONFIANZA DEL ASTRO SE DESVANECIÓ... "¡PERDIDOS!" CHILLÓ HISTÉRICAMENTE. "¿QUE VAMOS A HACER?... TENEMOS QUE SALIR DE AQUÍ... NOS VAN A MATAR A TODOS."
BOB CLARK DIÓ UN GOLPE EN LA CARA DEL GIGANTE. "¡CÁLLATE!"... Y VUELVE A TU CARPA ANTES DE QUE TERMINEN POR ASUSTARSE TODOS."
EL ACTOR LLORIQUEÓ. "SÍ... BOB... TENGO QUE ESTUDIAR MI PARTE DE CUALQUIER MODO." LA JOVEN SE RIÓ. "TELÓN... JOHNNY RINGO... EL GRANDE, EL BRAVO HOMBRE LEOPARDO."
...A PENAS HABÍA DESAPARECIDO RINGO, CUANDO TARZÁN, DESCANSANDO DE SU VIAJE, SE PUSO A OBSERVAR CON CURIOSIDAD EL CAMPAMENTO.
1124

MEDIO DIA MUSICAL DE LOS DOMINGOS
Nuevas sendas a la Música y la Canción
CX32
○ LOS SWING STAR, reyes del ritmo. Cantando: Nelson Briant - Héctor Rossi.
○ JUAN CAO, orquesta de estilo distinto. Vocalistas: Violeta Gómez - Alberto Casanova.
○ MARIO ARRIETA con las guitarras de Piñón Martínez y Remersaro.

GUANTES

Guantes imitación gamuza, en color amarillo, beige, marrón, azul y negro, el par $3.20

Guantes tipo clásicos imitación gamuza, muy buena calidad, en color beige, habano, azul y negro, el par $4.20

Guantes de cabra, imitación pecarí en color beige natural, azul y negro, el par $4.20

Guantes cabra, tipo clásicos con botón en color beige, marrón y negro, el par $5.80

Guantes combinados gamuza y cabra, en color azul y negro, el par $6.50

Guantes gamuza, tipo clásicos con o sin botón en color natural, habano, marrón, amarillo, verde, rojo y negro, el par $6.90

Guantes gamuza, bordados en mostacilla fantasía, en color negro, el par $7.50

Guantes imitación gamuza Neyret, en bonita fantasía combinados, en color blanco, habano, verde, rojo y negro, el par $8.50

Original guante en gamuza negro, bordados con flores en colores, el par $9.50

Guante gamuza, clásicos, largo 40 cmts. en color negro, el par $10.50

CLIENTES DEL INTERIOR: Vuestras órdenes nos merecen ESPECIAL ATENCION. - Hagan los pedidos contra reembolso a nuestra CASA MATRIZ Av. Agraciada 2302 Esq. M. Sosa.